

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN GERARDO MAYELA
FAMOSO TAUMATURGO**

S. MILLÁN – 2020

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Sus primeros años.
Deseos de ser religioso.
Religioso redentorista.
Algunas virtudes.
El demonio.
La blasfemia.
La calumnia.
Providencia de Dios.
Milagros de la obediencia.
Curaciones.
Conversiones.
Amor a Jesús Eucaristía.
Amor a María.
Ángeles.
Carismas. 1.- Conocimiento sobrenatural.
2.- Profecía. 3.- Éxtasis-levitación.
4.- Bilocación. 5.- Multiplicación.
6.- Perfume sobrenatural. 7.- Visiones.
8.- Invisibilidad. 9.- Milagros.
Su muerte.
Después de su muerte.
Milagros de beatificación y canonización.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de san Gerardo Mayela es una vida hermosa. Fue el más famoso taumaturgo del siglo XVIII. El Papa Pío IX dijo de él que era *el perfecto modelo de los hermanos legos*. Es el patrono de las parturientas y de los niños no nacidos. En Italia le llaman el *santo de los partos felices*.

Realmente san Gerardo fue un hombre fuera de serie. Era hermano, no sacerdote, de la Congregación redentorista, fundada por san Alfonso María de Ligorio. A pesar de no tener estudios, su ciencia infusa dejaba admirados a los teólogos que le consultaban sobre temas difíciles de teología. Los milagros que Dios hacía por su intercesión, dejaban a todos asombrados ante las maravillas que veían ante sus ojos.

Su amor a Jesús eucaristía era inmenso y se quedaba extasiado muchas veces ante su presencia o después de comulgar. Su amor a María era tan grande que llegó a considerarse casado con ella y así lo decía sin rubor. Un día le puso a la imagen de María un anillo en el dedo como señal de su compromiso de amor con ella.

Cuando iba a pedir limosna, para la Casa en que vivía, todos lo ayudaban y él por su parte los bendecía con milagros, sobre todo sanando enfermos. Tenía un amor especial a los pobres y enfermos. Y en tiempos de escasez a todos les daba algo, incluso haciendo milagros, aumentando los alimentos para que alcanzaran para todos.

En una palabra, Dios se glorificó en su vida y nosotros nos sentimos orgullosos de tener un hermano como él en el cielo. Pensemos que los santos no son exclusivos para una región o Congregación particular, son de todos y para todos. Son personas universales, cuyo amor y ayuda se extienden al mundo entero, para bien de todos los que los invocan con fe.

Nota.- *Espiritualidad* se refiere al libro *Espiritualidad redentorista*, publicado por la Comisión de espiritualidad redentorista, Roma, 1994.

Caione hace referencia al libro del padre Gaspare Caione, *Gerardo Maiella, appunti biografici*, Materdomini, sin fecha.

Benedetti nos lleva al libro de Claude (Claudio) Benedetti, *Vie de Saint Gérard Majella*, Roma, 1908.

Dionisio de Felipe, se refiere a su libro *San Gerardo Mayela*, Ed. Perpetuo socorro, Madrid, 1954.

SUS PRIMEROS AÑOS

Sus padres fueron Domingo Maiella y Benita Galella. Tuvieron cinco hijos. Tres niñas (Brígida, Anita e Isabel) y dos hijos, uno llamado Gerardo que murió a los ocho días de nacer y, por eso, al nacer nuestro santo le pusieron también el nombre de su hermano difunto Gerardo.

Su padre Domingo, era muy trabajador. De su madre conocemos poco. Era una mujer piadosa y servicial de la que Gerardo heredó sus buenos sentimientos. Ella murió el 10 de abril de 1752, cuando Gerardo hacía su segundo noviciado en Deliceto.

Gerardo nació en Muro (Lucano), ciudad de unos 6.000 habitantes, en abril de 1726, aunque no se sabe con seguridad el día. Se supone que a los pocos días de su nacimiento recibió el bautismo. La confirmación la recibió a los 14 años el 5 de junio de 1740.

Sus hermanas Brígida y Ana refieren que, siendo niño, su principal diversión era hacer altares e imitar a los sacerdotes celebrando misa. Tenía en la casa en cierta habitación una mesa llena de figuras de santos y en medio de ellos estaba la imagen de san Miguel arcángel. De vez en cuando encendía dos velas y pasaba delante de las imágenes haciendo inclinaciones de cabeza o genuflexiones. También le gustaba adornar algunas imágenes de la Virgen María, a quien desde niño tuvo mucha devoción.

Con frecuencia iba a rezar a la iglesia de Capodigiano. Con 6 años se le aparecía Jesús que se bajaba de los brazos de la imagen de la Virgen y se ponía a jugar con él y después le regalaba un blanco pan, imposible de encontrar en su pueblo. Alguna vez encontraba al Niño Jesús en el huerto de la familia De Cillis y también jugaba con él y Jesús le daba su pan, porque la familia de Gerardo era pobre y no le alcanzaba el dinero para comer bien. La señora Constanza Petellini declaró que su madre Benita le decía que su hijo no había nacido para la tierra sino para el cielo, que lo comprendió cuando contempló con sus propios ojos a su niño jugando con el Niño Jesús en la iglesita de Capodigiano y recibiendo de sus manos el panecillo blanco que se lo disputaban en casa, porque sabía a gloria. En la tierna edad de seis años ayunaba varias veces a la semana. Ella le dejaba la comida preparada cuando iba a trabajar y no la probaba. Le preguntaba por qué no comía y le decía que había comido y no tenía hambre ¹.

¹ Summarium super dubio, p. 24.

Tenía tantos deseos de comulgar para recibir a su amigo Jesús que un día se acercó a comulgar. El párroco, al verlo tan pequeñito con 6 años, lo mandó a su sitio. El lloró de pena y por la noche Dios envió al arcángel san Miguel para darle la comunión. Esto lo contó el mismo Gerardo al día siguiente a algunos amigos como Alejandro Piccolo y a la señora Catalina Zaccardi les dijo: *Ayer el padre no me quiso dar a Jesús, pero esta noche me lo ha dado San Miguel Arcángel*. Todos los biógrafos lo cuentan como un hecho considerado auténtico.

Algunas veces, cuando asistía a misa, veía al Niño Jesús. Un día le dijo a un sacerdote: *Ha salido un Niño del sagrario y me ha dado la comunión*. Otras veces en la misa lo veía a Jesús en forma de Niño en el momento de la comunión del sacerdote. Un día dijo: *El sacerdote ha partido al Niño pequeñito y se lo ha comido*².

A los diez años recibió oficialmente la primera comunión. Su propósito fue recibir a Jesús lo más frecuentemente posible y prepararse para ello lo mejor posible con oraciones, sacrificios y penitencias.

Un día llevaba tres días sin comer en casa. Su madre estaba muy preocupada y se lo manifestó a la señora Eugenia Pasquale, quien lo llamó y le ofreció de comer. Él dijo que estaba saciado. Ella le metió la mano en el bolsillo y vio que tenía raíces de hierba. Le preguntó para qué servían y le respondió: *Estas hierbas se comen*.

Su hermana Brígida manifestó que cuando Gerardo era niño de unos siete años, como eran muy pobres, a la hora de la comida se iba fuera del pueblo a un lugar llamado *Sobre la Raia* y regresaba a casa con un pan blanco en las manos. Siendo ya religioso, le dijo: *Ahora ya sé que aquel niño que me daba el pan era Jesús y yo entonces pensaba que era un niño como los demás*. Brígida, bromeando, le pidió: *Vamos ahora otra vez a Muro para que volviendo al mismo lugar, puedas encontrar de nuevo a aquel niño*.

Cuando tenía 12 años murió su padre. La familia quedó en una situación grave de pobreza. Su madre le encontró trabajo como aprendiz y ayudante en la sastrería de Martín Pannuto. Es de suponer que ya sabría algo del oficio, pues su padre también había sido sastre. Como oraba mientras trabajaba, el jefe del taller le cobró rencor y se burlaba de él y hasta le pegaba. Un día el señor Pannuto se dio cuenta. Mientras estaba en la iglesia observó a Gerardo en un éxtasis y decidió sacar del taller al administrador.

² Summarium super dubio, p. 48.

*Otro día al señor Pannuto se le olvidó llenar la lámpara de aceite, algo imprescindible para trabajar por la noche. El dueño dudaba de enviarlo a comprar pues debía caminar cuatro kilómetros, pero Gerardo se ofreció y fue y regresó en tan corto tiempo que lo consideró algo milagroso*³.

Cuando tenía tiempo, después de trabajar en la sastrería de Pannuto, iba a la iglesia a rezar con su amigo Jesús. A veces se pasaba muchas horas en oración, estando a solas con Jesús. Cuando cerraban la catedral o iglesia parroquial, el sacristán, un tal Tirico que era pariente suyo, le dejaba las llaves para que pudiera estar más tiempo a solas con su amigo *el Encarcelado del sagrario*⁴.

DESEO DE SER RELIGIOSO

Cuando tenía 14 años, dejó la sastrería de Pannuto y se dirigió a Lacedonia y encontró trabajo en casa del obispo de la ciudad. Monseñor Albini era un hombre de mal genio y no lo trataba muy bien, pero Gerardo todo lo aceptaba con paz, ofreciéndole al Señor todos sus inconvenientes, a la vez que se sentía feliz de vivir en casa del obispo, teniendo la capilla disponible y ayudándole con sus pequeños servicios como sirviente. Recibió la confirmación allí mismo el 15 de junio de 1740.

En casa del obispo trabajó tres años, hasta la muerte del mismo el 25 de junio de 1744. Durante este tiempo tuvo lugar un milagro del que hablan todos los biógrafos. Un día fue a sacar agua del pozo de la casa episcopal y las llaves que tenía en la mano se le cayeron al pozo. Se quedó un rato pensativo y después se le iluminó la mente. Se fue a la catedral y trajo un imagencita del Niño Jesús, le ató una cuerda y le dijo con confianza de amigo: *Tú eres el que tienes que pensar en resolverme este problema para que no se enfade Monseñor. Y soltando la cuerda, la imagen del Niño bajó hasta el fondo del pozo. Al sacar la cuerda, salió también la imagen con las llaves en las manos del Niño Jesús. Hubo varias personas que presenciaron el milagro y pudieron certificarlo ante el Prelado. Este hecho prodigioso tampoco falta en ningún historiador ni en ningún testigo de los Procesos. La imagen del Niño Jesús era la misma que daban a besar en Navidad a la gente de la catedral*⁵. Desde entonces se llama *el pozo de Gerardito*.

Cuando creció, su ilusión era ser religioso y consagrar su vida al servicio del Señor. Dos veces llamó a las puertas de los padres capuchinos y las dos fue

³ Proceso ordinario de Muro, fol 1083.

⁴ Proceso ordinario de Muro, fol 890.

⁵ Proceso ordinario de Conza, fol 1404.

rechazado, porque tenía apariencia de enfermo. Estaba flaco y pálido de rostro como si estuviera enfermo y consideraron que no podría aguantar las asperezas de la vida capuchina conventual. Ni siquiera con la ayuda de su tío capuchino consiguió la entrada. Dios tenía otros caminos para él.

Gerardo regresó a casa de su madre. Después se colocó en el taller de otro patrón donde se perfeccionó en su oficio de sastre, de modo que pronto fue capaz de trabajar por su cuenta, sin depender de nadie.

Con sus ganancias de trabajo de sastre hacía tres grupos: uno para los pobres, otro para su madre y otro para misas por las almas del purgatorio. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no podía afrontar los gastos de la contribución y aceptó una invitación.

A causa de la invitación de un tal Lucas Malpiedi Gerardo fue a trabajar a Sanfele, a seis millas de Muro para servir en un pensionado de jóvenes, pero los escolares eran insolentes y se burlaban de él. Él soportaba todo con paciencia. Regresó a su casa en 1747 con 21 años y se dedicó a trabajar y a rezar, meditando mucho en la pasión del Señor, sintiendo así un gran deseo de sufrir por amor a Jesús. Buscaba modos de poder sufrir por su amor como llevar un cilicio o darse disciplinas en las espaldas con una cuerda de nudos. También se mortificaba en la comida y hacía humo con palos húmedos para mortificar la nariz y los ojos. Hacía tantos ayunos que parecía que vivía solo por milagro. A veces pasaba tres días sin comer.

Sabemos por confidencia del doctor Santorelli de Caposele que Gerardo había pedido a Dios, y lo consiguió, que perdiera totalmente el gusto por los alimentos, de modo que no encontrara nada agradable en ellos y los tomaba solamente por la obligación de vivir.

RELIGIOSO REDENTORISTA

En agosto de 1748 el padre Francesco Garzilli fue a Muro con el hermano Onofrio a pedir limosna para la comunidad de Caposele, hoy Materdomini con una recomendación escrita por el obispo. Gerardo se acercó a ellos para conocer su modo de vivir. Después les informó que quería ir con ellos para ser religioso, pero el hermano Onofrio le dijo: *Nuestra Congregación no es para ti. Entre nosotros se sufre mucho, se duerme sobre paja y se vive con austeridad.* Y Gerardo le respondió: *Es precisamente eso lo que estoy buscando.* Sin embargo, no lo aceptaron. Al año siguiente, 1749, otros misioneros de la misma Congregación redentorista, fundada por san Alfonso María de Liguorio, que todavía vivía, dieron la misión en Muro. Él también se acercó al padre Cáfaró, el

Superior, pidiendo entrar en su Congregación. Al verlo tan macilento y débil físicamente, lo rechazó. Al enterarse sus familiares de sus intenciones, consiguieron que su madre lo encerrara en casa con llave el último día de la misión, mientras ella se iba a despedir a los misioneros. Al regreso encontró la ventana abierta, las sábanas amarradas desde la ventana a la calle y un mensaje: *Voy a hacerme santo.*

Él siguió a los misioneros al salir del pueblo y les decía: *Probadme y después, si queréis, podéis rechazarme, pero probadme primero.* También decía: *Si no me aceptan, me quedaré toda la vida en la puerta del convento pidiendo limosna con los pobres.* El padre Cáfaró, para quitárselo de encima, lo mandó a la Casa de Deliceto escribiendo una carta al Superior en la que le decía: *Ahí le mando a un postulante completamente inútil para el trabajo por su complexión enfermiza. Me ha sido imposible deshacerme de él. En su tierra tiene fama de joven virtuoso.*

Lo aceptaron a prueba en el convento de Deliceto y se portó tan bien y trabajó como nadie podía haberlo imaginado. De modo que a la hora de dar informes, todos los miembros de la comunidad anotaron que el *come-pan* e inútil aparentemente, era infatigable en el trabajo y muy fervoroso. A los seis meses de su entrada, san Alfonso María de Ligorio, el fundador de la Congregación, vistos los buenos informes, aceptó que hiciera el primer noviciado de seis meses. Tomó el hábito de la Congregación a finales de 1749 o principio de 1750 con 33 años. Después de año y medio, hizo también su segundo noviciado por otros seis meses y pudo hacer su profesión religiosa sin problema alguno el 16 de julio de 1752. Poco después, hizo su voto de hacer siempre lo más perfecto.

ALGUNAS VIRTUDES

El médico Domenico Lamorte vio un día a Gerardo macilento y descolorido. Le preguntó si estaba bien y le respondió que sí, que estaba bien. El médico no se lo creyó y observándolo le vio que llevaba un cilicio. Su comida era a veces pan y ajos o menestra, pero muchas veces echaba algo amargo a la comida o simplemente comía hierbas recogidas en el campo.

Era muy caritativo con cualquiera que tuviera necesidad. Un día vio a un jovencito que llevaba un haz de leña con gran fatiga y le ayudó a llevarla. Otra vez fue una anciana que llevaba un caldero lleno de piedras en la cabeza. Él le pidió que le dejase llevárselo y se la puso a la cabeza. Cuando llegó al pueblo, le dio vergüenza de que lo vieran así y, para vencerse, siguió con el caldero a la cabeza por medio de la plaza pública.

Su jaculatoria más repetida era: *Sufro, porque no sufro. Señor, sufrir.* Cuando el doctor Santorelli le preguntó, si deseaba vivir o morir, respondió: *Quiero lo que el Señor quiera. Me gustaría morir para unirme a Dios, pero me desagrada morir, porque no he padecido.*

Como era hermano no clérigo hacía las labores más humildes de la casa y cuando había algo más pesado o difícil, les decía a los otros: *Dejádmelo a mí, yo lo hago.* Le gustaba atender a los enfermos, incluso en las cosas más penosas que otros no deseaban hacer. Recogía la basura, no solo de los claustros, sino también de los baños y de las habitaciones de los enfermos. Trabajaba en todas partes, lo mismo en la huerta que como sacristán, en el comedor, en la cocina, en el horno haciendo el pan, trayendo leña del bosque, haciendo de albañil o cosiendo (había sido sastre de profesión).

A veces el Superior lo enviaba a recoger limosnas para las necesidades de la Casa a los pueblos cercanos. Un día, en su ministerio de postulador de limosnas para su convento, llegó a Menna, cerca de Muro. Su caballo había perdido las herraduras y fue a un taller para que se las pusieran. El herrero, que vio en él alguien fácil de engañar, pidió un precio exagerado. Entonces Gerardo, sin decir nada, se volvió hacia su caballo y le dijo: *Devuelve las herraduras.* El caballo dio un paso, sacudió sus pezuñas y, una después de otra, salieron las herraduras y cayeron al suelo. El herrero quedó asombrado y comenzó a correr tras el santo, que ya se había alejado, gritando: *Espera hombre de Dios.* Quería pedirle perdón, pero Gerardo ya se había ido lejos.

Su oración constante era por la conversión de los pecadores y las almas del purgatorio, sin olvidar a su familia, su Congregación, la Iglesia en general y a los bienhechores de la comunidad en particular.

Un día, murió una religiosa carmelita de Ripacándida y escribió a su comunidad: *Indignamente he hecho ocho días de comuniones por su alma. Así quiero hacer con todas ustedes para que lleguen al cielo, pero díganles a todas las que aún viven que recen a Dios por mí y que ellas también hagan ocho días de comuniones para que yo pueda pasar a la eternidad gloriosa.* Siete meses antes de morir, les pidió a las religiosas redentoristas de Foggia que, al morir él, le ofrecieran todas las indulgencias que pudieran y además ocho días de comuniones cada una de las hermanas.

En cuanto a la obediencia, era muy estricto. Siempre obedecía hasta en los más mínimos detalles y Dios hacía milagros en virtud de su obediencia. En cuanto a la pobreza, era muy austero y comía lo mínimo. Sus vestidos eran los que nadie quería. En la pureza resplandecía de modo especial. Dios le había dado

la gracia de no sentir las tentaciones de impureza y cada vez que veía a una mujer rezaba un avemaría en honor de la pureza de la Virgen María.

EL DEMONIO

El sacristán de la catedral de Muro era pariente de Gerardo y le prestaba la llave. Él iba por la mañana muy temprano a orar delante del sagrario. Un día, al abrir la puerta, vio un terrible perro que quería morderle, ladrando fuerte. Otro día estaba orando ante el Santísimo y se cayó una imagen de madera de un ángel de los dos que estaban a los costados del sagrario y le golpeó el brazo. Entonces se dio cuenta de que el demonio con esto quería atemorizarlo y perturbarlo de su oración.

En una ocasión un ermitaño se moría abandonado y su alma desgraciadamente hacía muchos años que estaba muerta por los vicios mal disimulados bajo sus hábitos de ermitaño.

Se le recogió caritativamente en el convento, y trabajaron todos, pero sobre todo, Gerardo, por ver si le podían devolver la salud; pero pronto vieron que aquello no tenía remedio. Entonces, su caritativo enfermero, convirtiéndose en apóstol, se dedicó con todo celo a ver si podía curarle el alma antes que se presentara ante el juez divino, que mucho no podía tardar. Agotó todos los recursos de su celo; se deshacía con la ambición de ganar aquella alma colgada sobre el abismo... Pero no consiguió más con el alma que con el cuerpo. Era un caso desesperado; y como desesperado, murió el pobre ermitaño.

Cuando, después de su muerte, Gerardo estaba encomendando a Dios el alma de aquel pecador, ése se le apareció para revelarle que estaba en el infierno. El horror de aquella visión no se le borró en toda la vida ⁶.

En la humilde celda donde Gerardo gozaba delicias celestiales en su pobreza, en su penitencia y en los éxtasis de su oración, se le presentaban amenazadores los demonios, dispuestos a llegar hasta donde les dejara el brazo de Dios; por su gusto, hasta quitarle la vida.

Se le aparecieron repetidas veces de noche mientras descansaba en aquel lecho tan poco a propósito para que prosperara ninguna tentación de sensualidad ni de molición. Se le abalanzaban sobre el camastro con terribles apariciones de figuras frenéticas en sus movimientos, en sus aullidos y en sus amenazas. Parecía que todo lo iban a reducir a polvo.

⁶ Tannoia Antonio, *Vita del servo di Dio fratello Gerardo Majella*, Napoli, 1839, cap. 13.

Le decían: *No quieres cesar en tu labor de arrebatarnos las almas, pero tampoco nosotros cesaremos hasta que nos hayamos saciado de atormentarte y hasta que logremos arrancarte la vida*⁷.

La defensa del valiente luchador era la señal de la cruz y el agua bendita, armas de lucha que había aprendido seguramente de su gran abogada, Teresa de Jesús, que era mujer, y con ellas vencía como cualquier varón.

No siempre le atacaron dentro de la célebre celdilla, donde estaba el jergón de piedras rodeado de calaveras. A veces, lo asaltaron mientras estaba en la cocina, amenazándolo con meterlo en el fogón, para que ardiera como un tronco; y otras veces, según testimonio de sus confesores, recogido por el P. Tannoia, lo arrastraban por los corredores del convento, y de tal modo lo maltrataban, que lo dejaban, al parecer, medio muerto. Cuando más le asaltaban era en las noches de los viernes, en las cuales le daba el Señor participación en los dolores de su Pasión.

El hermano Gerardo miraba sin miedo a estos espíritus del mal, porque sabía que los vencería siempre con la invocación de los nombres de Jesús y María, con el agua bendita y con la señal de la cruz, acompañada de la invocación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Les hablaba con seguridad de la impotencia de ellos y de la victoria suya: “Podéis ladrar —les decía—, pero no podéis morder, porque tengo conmigo a Jesucristo y a Mamma María”⁸.

Su dominio sobre el enemigo de las almas, cuando hacía su aparición en forma visible, era tan absoluto, que lo mismo lo vencía cuando le atacaba a él directamente que cuando lo encontraba alojado en algunos infelices posesos. A muchos arrojó con una orden tajante en nombre de la Santísima Trinidad; tal fue el caso de un poseso, al que el demonio no quería abandonar a pesar de todos los exorcismos. Gerardo le puso su ceñidor y eso fue suficiente para que abandonara el cuerpo del desgraciado.

Delante de él no había modo de disimular; bajo cualquier forma que se presentara descubría al espíritu de las tinieblas. Un domingo vio acercarse a la puerta del convento dos muchachos, cuya procedencia nadie conocía: él los conoció en seguida y, dirigiéndose a ellos, les dijo sin más preámbulos: “¿Qué hacéis aquí? Este no es vuestro sitio. ¡En nombre de Dios, volveos al infierno!”.

⁷ Tannoia, cap. 15.

⁸ *Ibídem*.

Los desconocidos desaparecieron inmediatamente, sin que se pudiera averiguar qué designios los había llevado a la portería del convento. “Pero el hecho está fuera de duda, porque de él dieron testimonio diversos religiosos de la Comunidad”⁹.

En marzo de 1752 el obispo Melfi manifestó deseos de conocer al hermano Gerardo. El padre Fiocchi le dijo que *el hermano era tan prodigiosamente obediente que le basta un solo deseo del Superior, aun sin salir de lo recóndito de la mente, para cumplirlo como una orden expresa.*

Y acto seguido se recogió dentro de sí el P. Fiocchi para formular su mandato interior de que se pusiera en camino para Melfi.

El mandato interior, por un método de telecomunicación que escapará siempre al alcance de la ciencia, llegó inmediatamente al hermano Gerardo, y el obediente hermano se dirigió sin tardar a pedir la bendición al P. Ministro, para salir, comunicándole que el P. Superior le llamaba desde el Palacio episcopal de Melfi.

Cuando se presentó en el Palacio, el Superior, disimulando lo mejor que pudo, le preguntó:

—Pero, hermano, ¿qué le trae por aquí?

—El mandato de vuestra reverencia.

—¿Mi mandato? Pero si yo no he mandado ninguna carta ni ningún aviso.

—Sí, pero me lo ha dado delante de Monseñor, que desea verme... Señor obispo, ¿qué quiere ver? Un gusano de la tierra, un pecador, un miserable que necesita toda la misericordia de Dios para no perderse.

Ya había oído Monseñor hablar de la santidad y de los prodigios del hermanito de Deliceto. Pero esto le bastó para comprender que era verdad todo aquello y algo más. Este hecho prodigioso lo sitúa el P. Kuntz hacia fines de marzo de 1752.

El Superior, P. Fiocchi, permitió a Gerardo que se quedara unos cuantos días con el celoso obispo de Melfi. El plazo que el P. Fiocchi había señalado a Gerardo para quedar en Melfi con el señor obispo pasó más rápidamente de lo que Monseñor hubiera deseado. Se esforzó por retenerlo algunos días más. Pero fueron inútiles sus deseos. En cuanto llegó el día señalado, no valieron ruegos ni argumentos, algunos tan razonables como el mal tiempo que hacía aquella tarde,

⁹ Tannoia, cap. 7 y 9.

y el peligro de perder el camino por la espesa niebla y de que le cogiera la noche en descampado.

El hermano ensilló el caballo y, a pesar de la lluvia y de la niebla, se despidió reverentemente del señor obispo y se encaminó al Retiro de Nuestra Señora de la Consolación, en su querida soledad de Deliceto.

Pero le sucedió lo que se temía: aunque estaba bien enterado de los caminos y nunca le hizo impresión viajar solo por el despoblado de los campos y de los bosques, aquel día creyó que era el último de su vida. Perdió el camino a causa de la espesa niebla y para colmo de males el río Ofanto, con las lluvias, se había desbordado, y llegó un momento en que no sabía por dónde tirar, porque no se conocía dónde estaban los caminos y dónde el lecho del río. El paraje donde se encontraba, entre bosques, precipicios y zonas inundadas, era de lo más pavoroso para un caminante que, además, para acabar de ennegrecer el cuadro, veía que iba cayendo una de esas noches siniestras en las cuales las tinieblas se espesan como si tomaran cuerpo.

Ya era bastante lo apuntado para dar estremecimiento a cualquier caminante; pero al hermano Gerardo le esperaba algo más y peor. Le esperaba, como agazapado en la espesura y en las sombras, en espera del momento crítico, el mismo demonio en persona.

Se le presentó delante con terribles palabras de amenaza, echando mano, para detenerle el paso, a las bridas del caballo. Dio salida a toda la rabia que tenía represada contra uno de sus mayores enemigos, sobre el cual no esperaba ya poder conseguir nada por ningún camino, porque todos los había probado, y no había conseguido ni la victoria de un pecado. Decidió aprovechar esta ocasión para tentarle en medio del terror de aquella noche propiamente infernal; o por lo menos, si Dios le dejaba libertad, para quitarle la vida.

—Ya llegó la hora —le dijo, saboreando su venganza—. Te tengo a mi disposición y haré contigo lo que quiera.

Gerardo comprendió a quién tenía delante. Había luchado con él a brazo partido y cara a cara más de una vez, y por eso le conocía el estilo. No perdió ni por un momento la serenidad. Se recogió en su interior y se encomendó, como acostumbraba en esas ocasiones, al poder soberano de la Augusta Trinidad, de la cual le vino la inspiración de un proyecto audaz. Intimar al demonio, en nombre de la Santísima Trinidad, que tomara las bridas del caballo y le sirviera de guía en aquel atolladero para sacarle con bien y llevarlo sano y salvo hasta Lacedonia, donde pasaría la noche en casa de unos amigos.

—En nombre de la Santísima Trinidad, ¡adelante! —gritó la voz segura del extraviado caballero—. ¡Hasta Lacedonia!

El demonio, mascando su derrota y sin poder evadirse de cumplir aquel improvisado oficio, se encaminó hacia Lacedonia, adonde llegaron sin novedad a las diez de la noche aproximadamente.

Dicen los historiadores que, a la entrada de la ciudad, cuando llegaron a una capilla de la Santísima Trinidad fue el momento en que soltó las riendas del caballo el demonio y desapareció dirigiéndose solo el hermano Gerardo a la casa de los amigos que buscaba, que eran los señores Capucci, insignes bienhechores de la Congregación.

Al verse libre, cantó victoria; habían vadeado todo el Ofanto, el caballo y él, dirigidos por el demonio, y gracias a sus buenos servicios no perecieron en sus aguas, pues es bien sabido que cuando el Ofanto se encuentra en esos momentos de ímpetu no hay quien se atreva a tentar sus iras ¹⁰.

LA BLASFEMIA

Un día viajaba a Foggia y en el camino oyó gritos, que eran blasfemias gritadas, a todo pulmón, por un desgraciado carretero, cuyo carro se había hundido en un pantano, formado por las aguas del río. Los caballos hacían esfuerzos por salir del atolladero, pero no conseguían dar un paso adelante.

La blasfemia al H. Gerardo le hacía mal en el alma, y casi podríamos decir que hasta en el cuerpo. Se dirigió hacia el carretero, y antes de llegar, le gritó con toda la fuerza que el celo de la gloria de Dios daba a su voz:

—¡Pero desgraciado, deja de blasfemar!

—Sáqueme de este barrizal el carro y los caballos y dejaré de blasfemar.

—Criaturas de Dios —gritó el hermano a los caballos—, en nombre de la Santísima Trinidad os mando que salgáis de ese pantano.

Y al mismo tiempo hacía sobre ellos y sobre el carro, con la mano, la señal de la cruz; y los caballos daban arrancada y sacaban el carro medio sepultado en el fango. Luego se volvió al carretero, y le advirtió:

¹⁰ Este suceso con todos sus detalles lo contó don Constantino Capucci y lo refieren muchos testigos del Proceso, especialmente el P. Tannoia, cap. 15.

—Guárdate de volver a blasfemar. Toma este pañuelo y si otra vez se atasca el carro, arrojas en él este pañuelo y el cielo te ayudará.

El carretero no sabía qué pensar de lo que oía y veía. Tomó el pañuelo y contaban los testigos del Proceso que no tardó mucho en experimentar la virtud de aquel pañuelo maravilloso. En otro atasco parecido de su carro, sin que le sobrara la fe, pero por lo que pudiera ser, y porque nada se perdía por probar, arrojó el pañuelo sobre el carro y no fue necesaria otra cosa para que los caballos, de un tirón vigoroso, arrastraran el carro empantanado ¹¹.

Una vez se dirigía al convento de las clarisas de Muro. Iba acompañado del Rector del Seminario, don José Pianese, y oyó en el camino a un desgraciado prorrumpir en blasfemias contra la Santísima Trinidad. “Estas blasfemias —dijo al señor Pianese— no quedarán sin castigo; pronto lo hemos de ver”.

No habían pasado más de tres días, cuando el blasfemo caía muerto en una riña, herido por un disparo de su rival. En casa de su amigo Alejandro Piccolo dejó recuerdo eterno de su visita: a la mujer le reveló el mal estado de su conciencia, exhortándola a confesarse pronto y bien, porque no le quedaba mucho tiempo de vida. Aunque estaba perfectamente sana, al poco tiempo murió, después de haber puesto en paz con Dios su conciencia ¹².

Otro caso fue el castigo de Dios sobre un blasfemo de Muro al que Gerardo se acercó para corregirle la sarta de blasfemias que profería, en la desesperación de haber perdido cierta cantidad de dinero en el juego; de nada sirvió la corrección. El desgraciado jugador hizo gala de cinismo delante de todos, continuando vomitando blasfemias por aquella boca. Gerardo, que ardía siempre en el celo por la gloria de Dios, se le puso valientemente delante para amenazarle con los castigos del cielo.

—Si no pones fin a tus blasfemias —dijo—, lo pondrá Dios. De nada sirvieron las amenazas.

A los pocos días moría el desgraciado, y todos recordaban aquellas amenazas que habían resultado una profecía ¹³.

¹¹ Proceso ordinario de Conza II, fol 457.

¹² Dionisio de Felipe, p. 271.

¹³ Proceso ordinario de Muro I, fol 1227.

LA CALUMNIA

El año 1754 es un período de grandes pruebas interiores. Sin consuelos de parte de su amigo Jesús; solo, en la amargura de su propia insignificancia. Una joven de Lacedonia, Nerea Caggiano, había ingresado a la vida religiosa gracias a la ayuda del hermano Gerardo. Al comienzo parecía contenta, pero luego, siendo inconstante, quiso regresarse a su familia. Se sintió humillada y, para descargar la culpa sobre otro, inventa una trama de amor entre Gerardo y la joven Nicoletta Capucci, hija de un amigo de Lacedonia. Nerea habla con su confesor y juntos escriben al Superior mayor de Gerardo, el santo padre Alfonso de Ligorio.

Gerardo es llamado inmediatamente a Pagani, ante su Superior. Se le informa del contenido de las dos cartas y se le pide una aclaración. Ante la calumnia, Gerardo no encuentra otra respuesta que el silencio. El Superior hubiera podido expulsarlo inmediatamente, ante la gravedad y seriedad de la acusación. Pero se limita a prohibirle todo contacto con la gente de fuera y lo priva de la santa comunión. Esto sí que era peor que la misma calumnia. ¿Cómo haría ahora sin su Jesús? Responde a la sentencia con una venia y se retira al silencio de su cruz. “El Señor no quiere venir a mí, porque soy indigno. ¡Ha querido castigar mi poco amor!”.

No faltan las anécdotas de este período. Un día un padre lo invita a servirle de acólito durante la misa. “No me tiente, murmura Gerardo, porque le arrebataría la hostia de la mano”. Y cuando alguno le pregunta cómo hace para resistir sin la santa comunión, responde: “Me las arreglo con la inmensidad de mi querido Dios”. Que era como decir: Si Él no quiere venir sacramentado, yo lo encuentro en la hermosura de todas las criaturas.

Mientras tanto en Lacedonia la joven Nerea, que no había medido la gravedad de sus palabras, es víctima de sus remordimientos. Vuelve al confesor y le cuenta toda la verdad. Había que rectificar inmediatamente la declaración precedente. Cuando esta aclaración llega a manos del Superior, éste hace venir al hermano Gerardo y le dice: “Hijo mío, ¿por qué has callado todo este tiempo?”. Con toda tranquilidad responde: “¿Cómo podía hacerlo, si la regla exige que no nos excusemos y que suframos en silencio?”¹⁴.

¹⁴ Espiritualidad, p. 15, Tannoia cap. 23.

PROVIDENCIA DE DIOS

Los estudiantes de teología que estaban en la Casa de Deliceto consiguieron permiso del Superior para visitar el famoso santuario de san Miguel arcángel en el monte Gargano, pero llevaban muy poco dinero y eran en total 10. Gerardo fue nombrado por el Superior como su compañero para que proveyese a sus necesidades. Partieron de viaje. Al llegar a Manfredonia, alquilaron un carrito con dos burritos. Los dos burritos, mal comidos, apenas podían sostenerse en pie. Llegaron a la taberna del puente de Candela, distante ocho millas de Manfredonia. Al día siguiente, llegaron a Manfredonia. Las provisiones que tenían se terminaron y Gerardo, con el poquísimo dinero que quedaba, compró unas flores para el Santísimo y se fue a la iglesia más cercana a exponerle el asunto a Jesús sacramentado.

El capellán, al reconocerlo como un gran siervo de Dios, le dio a Gerardo una buena suma de dinero y esa tarde les dio alojamiento y comida gratis. Otro sacerdote prometió darle un incensario de plata para uso de la iglesia de la Consolación y, al poco tiempo, cumplió su promesa, enviando un incensario que le costó unos 60 ducados.

Cuando llegaron a las faldas del monte Gargano, Gerardo quiso subir el monte a pie. Al llegar a la cima se quedaron un día y por la noche Gerardo gastó parte del dinero para los gastos. A la mañana siguiente, debían partir y a Gerardo le quedaba poco dinero. Al llegar la hora de la comida, Gerardo dijo: *Sentaos a la mesa*. Parecía que no había nada que comer y Gerardo se fue ante el altar del arcángel san Miguel y pidió ayuda a Jesús por intercesión del arcángel. Entonces, sin esperarlo, llegó una persona desconocida, se acercó a Gerardo y le puso en la mano una carta con dinero, con la sola obligación de rezar por él. Así se pudo proveer abundantemente a la comida urgente de todos los estudiantes¹⁵.

Cuando bajaron del monte Gárgano, Gerardo supo que el dueño de la hostería negaba agua de beber a los viandantes. Gerardo lo llamó y le habló fuerte, amenazándole con hacer secar el pozo si no practicaba la caridad con los viajeros. Atemorizado, dio agua a todo el que se lo pedía. Hay otro hecho prodigioso en este viaje. Al atardecer, llegaron a otra hostería. El dueño quería cobrar una cantidad desorbitada por sus servicios. Entonces Gerardo le dijo: *Si no te contentas con lo justo, haré morir a todas tus mulas*. Casi al instante llegó corriendo el hijo del dueño, diciendo que las mulas estaban enfermas. Al oírlo el dueño, se humilló ante Gerardo y se contentó con lo que le dio sin pedir nada más¹⁶.

¹⁵ Caione, pp. 61-64.

¹⁶ Ib. pp. 64-65.

Un día el hermano Francisco Tartaglione le dio dos monedas a Gerardo para comprar alimentos para la cena. Gerardo salió a la compra y encontró por el camino a un mercader ambulante que le suplicaba por caridad que le comprara algo. Los artículos de venta era piedras de fusil, yesca y poco más. Gerardo, sin pensarlo mucho, le dio las dos monedas y se regresó a casa y dejó en la cocina lo que había comprado. Cuando el hermano Francisco le preguntó qué había traído para cenar, Gerardo le manifestó lo que había sucedido y le dijo: *Sobre la comida, Dios pensará*. Y en verdad así sucedió, pues antes de cenar llegó a la portería un jovencito con un cesto lleno de provisiones, listas para comer. Él había sido enviado por una persona piadosa, que quería permanecer desconocida. Así Dios recompensó la caridad de nuestro santo ¹⁷.

Cuando Gerardo estaba en Materdomini, un día, después de distribuir la comida a los pobres, le dijeron que había uno que se había quedado sin nada. Como el pan se había acabado, Gerardo subió al convento y poco después le vieron volver y dar al pobre hombre una hogaza aún humeante de pan que sacó de su pecho. Como en aquel momento el horno de la comunidad estaba apagado, todos consideraron que era un hecho prodigioso ¹⁸.

En noviembre de 1754 san Alfonso, el Superior general y fundador de la Congregación, lo envió al convento de Caposele. El Superior, padre Caione, le confió el oficio de portero y le entregó la llave de la casa. Gerardo dijo: *Esta llave me debe abrir las puertas del paraíso*. Los pobres, que todos los días tocaban a las puertas del convento, se multiplicaron ante la solicitud y generosidad de Gerardo. Acudían más de 200. Algunos religiosos le prevenían que entre los pobres había algunos que eran ladrones, pero él decía: *No importa, Jesucristo también ha robado corazones y llevó al cielo al ladrón arrepentido*.

Tenía permiso del Superior para atender a los pobres y para ello podía tomar de los alimentos del convento. Gerardo, con este permiso, tomaba de lo que había para la comunidad. Siempre decía: *Dios proveerá; y siempre Dios le sacaba de apuros o hacía multiplicar los pocos alimentos que había, pero nunca faltaba para los pobres ni para la comunidad*.

En el proceso apostólico, Laurent Minillo declaró que un día estaba sin dinero para alimentar a sus dos hijas y las envió a pedir al convento. Llegaron tarde y Gerardo no tenía nada. Reflexionó un momento, entró en la casa y regresó con dos panes todavía calientes, aunque no era la hora de hacer el pan.

¹⁷ Benedetti, p. 125.

¹⁸ Espiritualidad, p. 43.

Las dos jóvenes se fueron convencidas de que habían recibido pan creado por Dios en ese mismo momento ¹⁹.

Entre los pobres era fama de que se multiplicaba el pan en las manos de Gerardo, ya que iban tantas personas que el pan que había humanamente no podía alcanzar para todos. Algunos declararon que habían visto que, cuando repartía la comida, quedaba el cesto vacío y, al momento, sin más, estaba ya lleno de pan para repartir a otros.

El año 1754 le encomendaron a Gerardo la vigilancia y supervisión de las obras de la Casa de Caposele (Materdomini), que estaba en construcción desde 1948 y no se terminaba por falta de dinero.

Gerardo no se limitaba a vigilar el trabajo de los obreros, sino que era un obrero más, pues siempre se le veía llevando la arena, haciendo la argamasa, preparando el yeso o la cal, y con frecuencia bajando a Caposele, aun de noche, para ajustar el personal que era necesario, cuando había que acarrear el material para las obras. Difícil parece el poder armonizar estas preocupaciones materiales con la vida de la más alta contemplación; pero Gerardo, alma privilegiada, llevaba adelante las dos vidas con tal seguridad que en el trabajo era el mejor obrero y en la oración el mejor contemplativo.

Como estaba previsto, un día se le acerca el P. Caione para decirle:

—Hermano Gerardo, el sábado se acerca; hay que pagar a los obreros y resulta que en la caja no queda un solo carlino.

—Haga Vuestra Reverencia una súplica a Jesús sacramentado a ver si resulta.

El P. Caione redactó la petición por escrito, como si se tratara de un oficio que hubiera que presentar en alguna oficina, y la entregó a Gerardo para que fuera a presentarla ante el sagrario. Gerardo la tomó y se fue derecho al tabernáculo. Llamó a la portezuela y dijo a su encarcelado del sagrario:

—Señor, aquí está nuestra petición, a Vos os toca despacharla. Gran parte de la noche del viernes la pasó ante el sagrario en oración. Por la mañana del sábado volvió de nuevo a la carga. Al poco rato una llamada en la portería. Acudió nuestro portero y encontró una bolsa con dinero, que se apresuró a llevar al P. Caione, el cual casi no veía de emoción.

—Este hermano —decía— es el niño mimado de Dios.

¹⁹ Benedetti, p. 139.

Don Donato Spicci, que estaba presente, obtuvo el gran favor de llevar algunas de aquellas monedas para guardarlas como reliquias.

En el Summarium se hace una animada descripción de estos hechos de Gerardo en combinación con la divina Providencia: las obras de Caposele las financiaba Gerardo con dinero del Banco de la Providencia; llevó al P. Caione dos saquitos, uno de veinticuatro y otro de veintiséis monedas. Metía obreros y el Padre Caione le decía que adónde iba a parar con tanto obrero, que no era posible pagar tanto jornal el sábado.

Se pasó la noche del viernes en oración y a la mañana del sábado, para que no hubiera apuros en el pago, ya le tenía la Providencia preparados los dos sacos de dinero mencionados. El canónigo penitenciario de Muro, don Donato Spicci, que estaba en Caposele y se dio cuenta de lo que había pasado y de que Gerardo había metido los sacos en su celda, aprovechó el momento en que Gerardo fue a dar cuenta del hallazgo al P. Caione, y entrando en la celda se cogió dos piezas de aquel dinero.

De tres o cuatro aportaciones parecidas, todas ellas considerables, da testimonio el P. Caione, las cuales Gerardo le solía decir que las había encontrado en el agujero de las llaves de la portería ²⁰.

MILAGROS DE LA OBEDIENCIA

Dice el padre Giovenale: Un día me llamó un hermano para que viera al hermano Gerardo que estaba con una fiebre altísima. Como entonces se dirigía conmigo, entré en su cuarto y, sin más averiguaciones, le impuse la obediencia de ponerse bueno y de reintegrarse inmediatamente al trabajo.

Se levantó, en efecto, sin tener ya fiebre y completamente curado. Pero se le ocurrió una dificultad y vino a buscarme para resolverla. Tenía que salir yo de misiones a los pocos días, y antes que marchara quería saber a qué atenerse en cuanto al alcance de la obediencia que le había impuesto.

—Padre, ¿ya puedo estar enfermo?

—Hasta que yo vuelva de las misiones, no.

²⁰ Sumario del Proceso, p. 50; Dionisio de Felipe, pp. 446-447.

Y efectivamente, se mantuvo todo el tiempo indicado sin el menor síntoma de enfermedad ni del más mínimo malestar ²¹.

El cirujano Giovanni Cioglia estaba muy enfermo y el padre Margotta le pidió a Gerardo que lo sanara. Él le hizo la señal de la cruz y el enfermo se curó de inmediato. Todos gritaban: *Milagro, milagro*. Gerardo solo decía: *Eso es lo que puede la obediencia* ²².

Cuando Gerardo estuvo en Calitri el primero en pedir su intervención milagrosa fue el excelente cirujano don Juan Cioglia, presa de una grave enfermedad que se resistía a todas las medicinas. El santo, sin duda para ver si podía pasar inadvertido, se negaba a intervenir; pero el P. Margotta le mandó hacer lo que pudiera por el enfermo; entonces Gerardo se trasladó al domicilio de don Juan Cioglia, y en cuanto estuvo a su lado le hizo en la frente la señal de la cruz y el enfermo se reanimó y recobró inmediatamente la salud, entre el espanto de los presentes, los cuales comenzaron a clamar: “¡Milagro!” Gerardo, por toda explicación y queriendo quitar importancia al incidente, dijo:

—Eso lo hace el poder de la obediencia.

El enfermo curado fue en Calitri uno de los principales pregoneros de la santidad de Gerardo.

También intervino el P. Margotta para que Gerardo fuera a ver a un caballero distinguido de la localidad, tan gravemente enfermo, que ya se le iban a administrar los últimos sacramentos. El P. Margotta no había podido resistir a las lágrimas de una religiosa, hermana del enfermo. Gerardo siguió el mismo procedimiento: la señal de la cruz en la frente fue su única medicina para conseguir instantáneamente la curación del enfermo.

Doña Angela Rinaldi aprovechó la presencia de Gerardo en Calitri para conseguir por un medio original y casi subrepticio la curación de un fuerte dolor de cabeza. Se llegó a la casa donde Gerardo se hospedaba con intención de pedirle la curación; pero habiendo entrado en casa de la familia Berilli, vio tan a mano, al pasar, el sombrero del santo coadjutor, que sin decir nada a nadie tomó el sombrero y se lo puso en la cabeza, diciendo entre sí: “A ver si este hermano es tan santo como dicen”. Y sintió con estupor que el dolor de cabeza desaparecía por completo con su contacto ²³.

²¹ Dionisio de Felipe, p. 215.

²² Benedetti, p. 150.

²³ Dionisio de Felipe, p. 413.

CURACIONES

Un día encontró Gerardo a doña Manuela, que se dirigía a la iglesia de San Antonio de los Padres Conventuales, y la vio con el semblante tan apenado y los ojos tan llorosos que no pudo menos de acercarse a ella para preguntarle la causa de su tribulación.

—¿Qué le pasa, doña Manuela?

—Tengo gravísima a mi muchacha y voy a pedir a San Antonio que haga un milagro, devolviéndole la salud; si no es con un milagro, ya no tiene remedio.

—No se apure, tenga usted confianza en Dios y todo se arreglará. Vuélvase a casa y haga tres veces la señal de la cruz sobre la cabeza de la enferma, y verá cómo se pone buena.

La señora, que tenía para Gerardo gran estima y cariño de siempre, se apresuró a volver a su casa, y en cuanto llegó hizo lo que él le había indicado. Luego que hubo hecho sobre la enferma las tres cruces, recobró repentinamente la salud ²⁴.

Había un tuberculoso en Deliceto, al que Gerardo solía visitar. Un día se encontró al médico en la casa del enfermo. Gerardo le decía, como de costumbre, palabras de consuelo, y le alentaba con la esperanza de la curación. El doctor se creyó en la obligación de hacerle saber que obraba mal prometiéndole la curación a un enfermo que ya no tenía remedio, porque sus pulmones estaban deshechos.

—Esto ya no tiene remedio —dijo el doctor—; habría que hacer dos pulmones nuevos.

—Y ¿no puede Dios hacer dos pulmones nuevos, si se lo pedimos con fe? ¿O no puede hacer que los que están deshechos vuelvan a su primer estado? Quiera Dios hacer un milagro para que aumente la confianza en el corazón de los creyentes.

Y diciendo esto se despidió, mientras los padres del enfermo le rogaban insistentemente, conociendo los prodigios que Dios hacía por su mediación, que pidiera mucho por él. Así lo prometió, y se volvió al convento.

Desde entonces, el tuberculoso desahuciado por la ciencia, comenzó a mejorar de tal modo, que al cabo de muy pocos días estaba completamente sano.

²⁴ Proceso ordinario de Muro I, fol 965 y 1148.

Los padres y parientes del tuberculoso se llenaron de estupor, y más todavía el doctor, que no tuvo reparo en confesar que allí había andado la mano de Dios, porque de otro modo no se podía explicar aquella curación. Y todos relacionaron el milagro con las palabras que había pronunciado tan solemnemente Gerardo al despedirse de la familia ²⁵.

Fue célebre la curación de Lella Cocchia, que había perdido la razón y le había dado, en su manía, por atacar a lo más santo, de modo que causaban horror a todas las palabras que salían de aquella boca irresponsable. El santo se llegó a casa de la enferma mental, y en cuanto oyó las primeras palabras de la blasfemia que intentaba pronunciar, le hizo en la frente la señal de la cruz, y desde aquel momento, no solamente dejó de pronunciar las barbaridades que le eran familiares, sino que comenzó a bendecir al Señor y a la Santísima Virgen y a cantar devotas canciones, que nunca había cantado, ni se supo dónde las pudo haber aprendido ²⁶.

Estaba enfermo, hacía unos cuantos meses, un seminarista de unos dieciocho años, llamado Miguel di Michele; tenía una fiebre pertinaz que se temía que degenerara en tuberculosis, y, por de pronto, era ya muy dudoso que pudiera seguir la carrera del sacerdocio. Era conocido de Gerardo, con lo cual, y sobre todo teniendo en cuenta que se encontraba enfermo, tenía segura la visita. Lo primero que imploró el enfermo, al verle entrar en su casa, fue que hiciera desaparecer aquella fiebre pertinaz que no había doctor que consiguiera dominar.

El hermano Gerardo le tomó el pulso y, queriendo disimular el milagro, le dijo:

—¿Qué fiebre? ¡Ya no tiene ninguna fiebre!

Y, en efecto, desde aquel momento la fiebre desapareció y pudo con toda facilidad continuar el trabajo de sus estudios ²⁷.

En Oliveto el milagro más sonado fue, sin duda, el que, a ruegos del arcipreste, hizo con un pobre sacerdote trastornado hacía siete años. El espectáculo de aquel sacerdote, encerrado siempre en su cuarto o metido en la cama sin enfermedad, o dando gritos desgarradores y diciendo blasfemias, aunque siempre había sido un sacerdote ejemplar, era motivo de sentimiento

²⁵ Proceso ordinario de Conza III, fol 1153.

²⁶ Proceso ordinario de Conza III, fol 1423-1424.

²⁷ Dionisio de Felipe, p. 247.

para todos. Cuando los señores Salvadore rogaron a Gerardo que lo fuera a ver y que rezara por él, se vieron un poco desairados ante su respuesta:

—Y yo, ¿qué voy a hacer? —les respondió.

Sin embargo, o había querido disimular o cambió de parecer, y a la mañana siguiente, sin que nadie lo supiera, se fue a visitar al pobre alienado. Sin que nadie se diera cuenta entró en su mismo cuarto; le recibió el enfermo con una rociada de improperios y blasfemias: no por eso se inmutó, se acercó a él y le hizo la señal de la cruz en la frente. El enfermo se serenó; entonces Gerardo le invitó a que tocara el clavicordio que tenía en la habitación, para cantar los dos juntos las letanías en honor de la Madonna. Al oír tocar y cantar acudieron todos los familiares y no querían creer lo que estaban viendo sus ojos: don Domingo Sasi, que es como se llamaba el enfermo, cantaba y tocaba con toda lucidez, y estaba tranquilo y manso como un cordero.

Dos días quiso Gerardo que aguardara para decir misa, pues hacía siete años aproximadamente que no subía al altar. La víspera, después de la cena lo anunció en casa de Salvadore:

—Mañana celebrará don Domingo; quisiera que todos comulgaran en su misa. Era el 28 de agosto.

Cuando ya se iba el señor arcipreste a la iglesia para asistir a la misa del sacerdote curado, fue a llamar al hermano Gerardo con idea de salir juntos para la iglesia; pero cuál no sería su asombro cuando se lo encontró de rodillas, pero en éxtasis, levantado del suelo, teniendo en una mano el crucifijo y puesta en el pecho la otra mano. Llamó el arcipreste a su hermano, don José, que fue testigo del éxtasis, pues todavía duró una media hora. Cuando sintieron que ya había terminado, le invitaron a salir con ellos, sin hacer referencia al éxtasis que habían presenciado ²⁸.

El sacerdote curado dijo la misa delante de todo el pueblo conmovido, ayudaron el señor arcipreste y el hermano Gerardo, comulgó la familia Salvadore y todos presenciaron la devoción y la exactitud en las ceremonias del celebrante, como si no hubieran transcurrido siete años sin acercarse al altar. Siguió celebrando normalmente, y a su misa la llamaba el pueblo de Oliveto “el milagro del hermano Gerardo” ²⁹.

²⁸ Proceso ordinario de Conza I, fol 316.

²⁹ Tannoia, cap. 33.

Cuando Gerardo estuvo en Auletta curó a una joven paralítica que no podía valerse por sí misma. La familia le rogó por la enferma para que recobrarla la salud y él les dijo:

—*Esto no es nada.*

Luego llamó a la joven y le dijo:

—*Ven aquí, hija mía, ven aquí.*

Y la enferma con paso seguro se fue hasta donde estaba Gerardo, mientras los que presenciaban el hecho, asombrados por el prodigio, comenzaron a gritar: *Milagro, milagro* ³⁰.

Un día se le presentó Alejandro Fafilli de Muro con su hijo de doce años en brazos. Estaba el niño lleno de tumores. Gerardo humedeció su dedo en un poco de saliva, tocó al niño en el cuello y le dijo al padre: *Vete a rezar a la Virgen*. El padre obedeció y el niño fue curado ³¹.

Una vez un hombre perdió el uso de la palabra después de su matrimonio. Gerardo fue a su casa y le explicaron que le habían hecho algún maleficio y por eso no podía hablar. Gerardo les dijo: *Nada de maleficio*. Le dijo al mudo: *Habla en nombre de Dios*. Y el hombre *comenzó a hablar, como hasta ahora, porque aún está vivo*” ³².

En Castelgrande sanó a un niño de tres años con solo hacerle la señal de la cruz. El niño se llamaba Antonio Pace y se curó completamente y se crió robusto y sano ³³.

Catalina Giuliani declaró *haber oído a su padre y a su madre que su hermano Giuliano se había quemado con agua hirviendo y un día, al pasar Gerardo por la puerta de su casa, la madre del niño le estaba curando las heridas del pecho y de un brazo, aplicándole cera y aceite, pero el remedio casero no había hecho bajar la inflamación y el niño lloraba día y noche. Gerardo, lleno de compasión se acercó al niño, le puso las manos encima de las heridas e inmediatamente quedaron curadas sin necesidad de emplear ningún remedio* ³⁴.

Un día los esposos Borelli se dieron cuenta de que los zapatos de Gerardo eran viejos y quisieron comprarle unos nuevos y quedarse con los viejos como

³⁰ *Ibidem*.

³¹ Benedetti, p. 165.

³² Palabras del padre Caione en su libro.

³³ Proceso ordinario de Muro, fol 464.

³⁴ Proceso ordinario de Muro, fol 361.

reliquias. Así lo hicieron y quedaron emocionados. Un día, un joven, que trabajaba en la casa, estaba muy enfermo. Ellos recurrieron a los zapatos viejos de Gerardo y se curó. Las religiosas benedictinas, que conocieron esto, quisieron que les regalaran uno de los zapatos y así lo hicieron ante tu insistencia ³⁵.

Tannoia escribió en la introducción a la vida de san Gerardo Maiella: *Si se registraran todos los milagros que hizo después de su muerte, no bastaría un grueso volumen para contenerlos* ³⁶.

CONVERSIONES

Una vez fue a la Consolación de Deliceto un caballero con la recta intención de salir de la vida de pecado en que vivía, haciendo los santos Ejercicios; pero estando ya metido en ellos vio su conciencia tan embrollada y tan cargada de pecados, que se desanimó, y estaba resuelto a dejar los Ejercicios sin terminar y volverse a su casa. Gerardo le adivinó el pensamiento y, dirigiéndose a él, le abordó, diciéndole sin rodeos:

—¿Pero qué pensamientos son éstos? Arrojad lejos esa desconfianza del infierno, porque Dios y la Santísima Virgen están en la obligación de ayudaros.

El caballero, al verse descubierto en sus más secretos pensamientos, se dejó vencer venturosamente por aquellas palabras y terminó los Ejercicios, poniendo su alma en gracia de Dios ³⁷.

Con peores intenciones y con menos escrúpulos se llegó a hacer los Ejercicios otro caballero; aunque su conciencia estaba manchada con muchos pecados, no tenía el más mínimo pensamiento de conversión. Había ido a los Ejercicios para quitarse de encima cualquier compromiso; cuando llegó la hora de confesarse, se confesó mal, y estaba dispuesto a hacer una comunión tan sacrílega como había sido su confesión; pero allí le atajó el ansia de salvar almas del hermano Gerardo, ayudado por la facultad con que Dios le favorecía de poder leer en las conciencias. Estaba celebrándose ya la misa de comunión general para los ejercitantes, cuando ve que se le acerca el sacristán y, llamándole aparte, le hace ver la enormidad del sacrilegio que va a cometer con aquella comunión, después de haber cometido el de la mala confesión que le había precedido. Tan conmovido se sintió, que no solamente hizo una fervorosa

³⁵ Tannoia, cap. 28.

³⁶ Ferrante Nicola, *Storia meravigliosa di san Gerardo Maiella*, Ed. padri redentoristi, Roma, 1955, p. 452.

³⁷ Tannoia, cap. 14.

y sincera confesión, sino que, al entrar de nuevo en la iglesia, donde estaban todavía los ejercitantes, quiso hacer confesión pública de sus pecados, para mayor confusión de su pasada iniquidad: “Había hecho por vergüenza — comenzó a decir en público— una mala confesión; pero habiendo descubierto el hermano Gerardo toda mi maldad, quiero confesar públicamente mis pecados”. Y lo hubiera hecho si no se lo hubiera prohibido un Padre que estaba allí presente ³⁸.

A Antonio Rossi le descubrió el siniestro pensamiento que revolvía en secreto de cometer un homicidio. En una tanda de Ejercicios para sacerdotes había uno, venido de La Rocchetta, que tenía el alma sumergida en el pecado, y que, además, sin dejarse conmover por las meditaciones de los santos Ejercicios, y habiendo hecho mala confesión, estaba resuelto a salir de los Ejercicios peor que había entrado. Así habría sucedido si Dios, para su bien, no le hubiera puesto en medio de su caminos al hermano Gerardo, quien conociendo por luz sobrenatural el mal estado de la conciencia del sacerdote, se introduce en su celda, le comienza a hablar del precio del alma, y luego pasa a descubrirle el estado de su conciencia y a pedirle que abandone el pecado. Se conmovió tanto el sacerdote que arrepentido hizo la confesión que necesitaba y después perseveró en el camino del bien, siendo un sacerdote ejemplar ³⁹.

Un pecador, enviado por el obispo de Lacedonia a un retiro, asistía con mucha indiferencia y un día se dispuso a comulgar. Gerardo lo detuvo y le dijo: *¿Adónde vas? —A comulgar. ¿Después de haber ocultado voluntariamente tus pecados en la confesión? Vete a confesarte mejor, a no ser que prefieras que la tierra te trague.* El pecador se confesó mejor, pero no perseveró mucho tiempo y el obispo de nuevo lo envió a otro retiro. Gerardo lo reconoció y se dirigió a él: *¿Cómo tú aquí?* El santo quiso darle una lección definitiva y con permiso del Superior fue a su habitación, cerró la puerta y la ventana y comenzó a apostrofar al pecador. Le fue revelando sus pecados uno por uno. Y le dijo: *Mira lo que Jesús ha hecho por ti.* Y en ese momento las llagas de Jesús de un crucifijo, comenzaron a sangrar. Gerardo le gritó: *¿Acaso quieres burlarte de Dios: Nadie se burla de Dios impunemente. Él es paciente, pero al fin castiga. Si no cesas en tus desórdenes, el demonio te llevará.*

Al momento se apareció un monstruo infernal que se precipitaba hacia el pecador, helado de miedo. Gerardo dijo: *Bestia malvada, fuera de aquí.* Y el demonio huyó. Todo esto contribuyó a la conversión radical del pecador, que fue

³⁸ *Ibídem.*

³⁹ *Ibídem.*

corriendo a confesarse con el padre Petrella y perseveró en el bien hasta la muerte ⁴⁰.

Un día le recomendaron que tratara de poner paz entre dos familias que se odiaban. Fue a Castelgrande y fue alojado en casa de los esposos Federici. Se llamó a los padres del joven Francisco Carusi que había sido asesinado en una riña y no querían perdonar al asesino Martin Carusi y pensaban en la venganza. Se esforzó mucho en conseguir el perdón del padre, quien parecía ya dispuesto al perdón. Entonces, Gerardo tuvo que hacer un viaje urgente a Muro y en su ausencia, la madre y las hermanas del asesinado urgieron e insistieron ante el padre para que no perdonara. Y lo consiguieron, de modo que, cuando a los pocos días, llegó Gerardo, el padre no quería perdonar por nada del mundo.

Entonces Gerardo, les dijo: *Yo vine aquí llamado por otros, pero ahora me manda Dios. Vuestro hijo, les dijo a los padres, está en el purgatorio por vuestra obstinación. Si lo queréis sacar de inmediato, debéis perdonar y mandar celebrar cinco misas por su alma. Si no lo hacéis, vuestro hijo no saldrá y vosotros podéis esperar un justo castigo de Dios.* Ellos, ante estas palabras, dijeron a una voz: *Perdonamos.* Y en aquel mismo momento con admiración de todos, se dio públicamente el perdón; y Gerardo quedó como un santo ante todo el pueblo ⁴¹.

En junio de 1753 convertía a muchos con sus predicaciones sencillas, pero llenas de fuego. En Castelgrande convirtió a 15 jóvenes irresponsables que terminaron por hacer una buena confesión en Caposele. Y siguieron viniendo en grupo cada sábado por la tarde para confesarse el domingo siguiente. Pasaban la noche en un campamento, cerca de la puerta del templo. El más impresionado con este hecho fue el padre Cáfaró.

En una ocasión salió al paso de un ejercitante que se preparaba para acercarse a la comunión:

—Pero hermano, ¿va a tener el valor de hacer una comunión sacrílega? Tiene en la conciencia tal pecado que no confesó. ¿No sabe que la comunión sacrílega es un mal inmenso? Pues si no lo sabe, ahora se lo hará comprender el Señor.

Inmediatamente se presentó un alma condenada, cuya vista dejó al pecador tan aterrado, que pidió a gritos al Señor que le permitiera hacer una confesión general. La hizo con inmejorables sentimientos de compunción y de

⁴⁰ Benedetti, pp. 36-37.

⁴¹ Caione, pp. 68-69.

enmienda, y le quedó tan grabada la impresión de la terrible visión, que ya no dio un paso más por el camino del pecado ⁴².

En una ocasión se encontró con un joven aventurero. Era uno de esos vagabundos que andan por los despoblados a salto de mata, esperando la oportunidad de algún golpe con suerte, que les traiga de una vez la fortuna que no son capaces de ganarse con el trabajo de su inteligencia o de sus manos. Los medios no les importan. Lo único que les interesa es que sean expeditos y con buena estrella.

Acertó a pasar Gerardo cerca del joven, que se le quedó mirando fijamente, lo cual no podría extrañarle al santo, porque la estampa que presentaba era para tomarlo por ermitaño hambriento o por brujo de oficio.

Llevaba un manteo descolorido y con tantos remiendos, que no se conocía la primera tela. La sotana estaba deshilachada, y tan corta, que apenas si le llegaba a media pierna, pasando en ese punto más allá de lo que mandaban las Constituciones a los hermanos de la Congregación.

El aventurero creyó que en el hermano Gerardo se le presentaba una de esas ocasiones que andaba buscando, porque ni por un momento se le ocurrió que tenía delante a un fraile. Acercándose, preguntó a Gerardo:

—¿Nigromante?

—¡Algo así! —respondió el santo.

—Pues si quieres ayuda, yo voy contigo, y si sale algo..., ¡a medias!

—Pero ¿eres listo y valiente?

—Tú no me conoces. Mira, yo...

Y comenzó a contarle detalladamente las poco honrosas hazañas de su vida aventurera, para que el nigromante no dudara de su valor para cualquier empresa. Mientras iba contando su historia —siempre al margen de la ley y contraria en todo a los mandamientos de Dios—, llegaron a un bosque espeso, en el cual se metió resueltamente Gerardo, haciendo con la mano una señal al joven para que le siguiera.

Cuando estuvieron bien internados en la espesura, dijo el nigromante improvisado: “¡Aquí es!”.

Se quitó el manteo y lo tendió en el suelo. Mandó acercarse al joven, y luego arrodillarse, y juntar las manos... Estaba atónito y temblaba al mismo

⁴² Este hecho fue declarado por un testigo en el Proceso apostólico.

tiempo, pensando que aquéllos eran los ritos preliminares para la invocación del demonio, que no tardaría en aparecer.

El hermano levantó los ojos al cielo e hizo una breve oración. Cuando acabó la oración comenzó a hablar con un tono conmovido y solemne:

—Te he prometido un tesoro, y no te engaño. Pero no es el tesoro que esperabas, sino otro que vale mucho más.

Y sacó el crucifijo que llevaba colgado al pecho y escondido dentro del hábito:

—Aquí está el tesoro que hace tantos años has perdido miserablemente, dándolo de barato por cualquier ganancia terrena, o por cualquier placer, como lo he visto por la larga historia de tus crímenes que me acabas de referir. Aquí está el Dios que te llama desde la Cruz en la soledad de esta espesura...

Una media hora duró su sermón improvisado, durante el cual el extraviado joven había comenzado a llorar amargamente, y cuando terminó, daba ya gritos de espanto y de compunción, a los cuales el hermano respondió abrazándolo con amor de apóstol y diciéndole:

—Animo, hijo mío, todo se arreglará. Ahora vienes conmigo al convento donde te prepararás para hacer una buena confesión, con lo cual habrás encontrado un tesoro mucho más precioso que todos los tesoros que buscabas.

Con el joven aventurero entró en el convento, y allí encontró el pecador santa hospitalidad, hasta que puso en gracia de Dios su alma, después de lo cual se fue, bendiciendo la hora en que se había encontrado aquel extraño nigromante ⁴³.

Gerardo había sido mandado a Santa Águeda de la Pulla; andando hacia Santa Águeda llegó un momento en que el camino se bifurcaba y no sabía por cuál de los dos tomar. Sintió una voz interior que le decía: “Aguarda aquí, que no tardará en llegar un gran pecador”.

Al poco tiempo, efectivamente, llegaba un hombre que reflejaba en su mirada y en la expresión de su rostro pensamientos de desesperación. Llegó a donde se encontraba esperando Gerardo; pero pasaba de largo sumido en sus tétricos pensamientos.

⁴³ Proceso ordinario de Conza I, fol 520; Tannoia, cap. 14.

El hermano Gerardo, dulcemente, le preguntó:

—¿Adonde se dirige, hermano?

—¿Y a ti qué te importa? —le respondió desabridamente.

—Tú dime quién eres y adónde vas y, ¿quién sabe?, puede ser que te pueda ayudar en algo.

—¡Voy a mis asuntos! Déjame en paz y no me molestes más.

—Sí, ya sé que estás desesperado —le dijo el hermano Gerardo, agarrándole fuertemente para retenerle—. Sé que estás preparado para dar tu alma al demonio. ¡Pero eso no! ¡Ánimo! ¡No es nada! Dios me ha mandado expresamente para salvarte; no lo dudes.

Viéndose descubierto, el pobre desesperado cambió de expresión y de lenguaje; confesó que era cierto cuanto le acababa de decir, y le hizo un relato completo de sus contrariedades y de las ruinas espirituales acumuladas sobre su alma.

El hermano le dijo palabras de consuelo, lo animó con todas las razones que le inspiraba su celo y terminó haciéndole esta indicación:

—Ahora te vas a Deliceto a ver al P. Fiocchi; le dices que te mando yo. Haces con él una buena confesión y todo queda arreglado; no hay que tener miedo de nada.

Obedeció puntualmente las indicaciones de su salvador, y su cambio de vida fue tan completo que las historias hablan de él como de un santo ⁴⁴.

El P. Fiocchi, viendo las excelentes disposiciones del nuevo convertido, le ofreció quedarse en el convento para trabajar en la sastrería, pues el sastre propio, que era Gerardo, en grandes temporadas, por sus ausencias, no podía dar una sola puntada. Francisco, aceptó el ofrecimiento y se quedó una porción de años, siendo, según testimonio del P. Landi, el ejemplo de toda la Comunidad, especialmente en la oración y la incansable aplicación al trabajo, “Este fue el maestro Francisco Testa, concluye el historiador, sastre de la ciudad de Nusco y conocido en toda nuestra Congregación”.

El P. Tannoia añade lo que el P. Landi quizá no presenció, por haber muerto antes: que “después de muchos años en que fue modelo de oración y de penitencia, se fue a Nápoles para sacrificar a Dios lo que le quedaba de vida, sirviendo a los enfermos de un hospital”.

⁴⁴ Dionisio de Felipe, p. 216.

AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

El padre Cáfaró fue su director espiritual de Gerardo desde su entrada hasta la muerte de este padre el 13 de agosto de 1753. El padre Cáfaró era el Superior de la Casa de Deliceto y al salir Gerardo del noviciado lo nombró sacristán. Así pudo estar más cerca de su amigo Jesús, el *encarcelado del sagrario*, como él decía. El padre Tannoia, al escribir la vida de Gerardo, escribió: *Un día estaba yo en la iglesia sin que Gerardo me viera. Lo veía pasar y repasar por delante del sagrario luchando entre la obligación que le requería fuera de la iglesia y la llamada de Jesús desde el sagrario para que estuviera con él haciéndole compañía. Se arrodillaba ante el sagrario y se levantaba. De pronto hizo un esfuerzo y dijo en voz alta: “Déjame marchar que tengo que hacer”. Y salió apresuradamente como quien se arranca a viva fuerza* ⁴⁵.

En la iglesia, cuando Gerardo pensaba que nadie lo veía, hablaba en voz alta con Jesús sacramentado con suspiros y gemidos violentos, porque no podía contener los ardores de amor de su corazón. Un día en que el padre Caione le pidió explicaciones de por qué hacía eso, Gerardo le tomó una mano y se la llevó a su pecho. El padre Caione manifestó que sintió que su corazón latía a mucha velocidad y no entendía cómo él podía soportar tal violencia en el corazón sin que se rompiera o le pasara algo ⁴⁶.

Otro día Gerardo estaba en la catedral de Muro y, al pasar bajo el púlpito, delante del sagrario oyó que Jesús le decía: *Eres un loco. Y él le respondió. Tú eres más loco, porque voluntariamente te has encarcelado* ⁴⁷.

AMOR A MARÍA

Tenía cinco años y ya iba solo al santuario de la Virgen de Capodigiano. Le gustaba tanto la hermosa Señora que sostenía un niño en el brazo izquierdo, que, encantado y sorprendido, veía que el niño se le acercaba para invitarlo a jugar con él y luego le ponía en la mano un pan blanco y perfumado, mientras la Virgen le sonreía complacida ⁴⁸.

Un día las *Hijas de María* celebraban la fiesta de su patrona la Inmaculada. Estaba la Purísima colocada en unas andas y Gerardo se puso de rodillas para rezar, mirando fijamente la imagen. Después de rezar un rato se

⁴⁵ Tannoia, cap. 9.

⁴⁶ Benedetti, p. 145.

⁴⁷ Proceso ordinario de Muro, fol 178.

⁴⁸ Espiritualidad redentorista, p. 13.

levantó decidido y llegó hasta la imagen y quitándose el anillo de su mano se lo puso en el dedo de la Virgen, diciendo en voz alta: *Ya estoy desposado con la Virgen*. Según algunos autores, fue en ese momento en que hizo voto de perpetua castidad. Ya anteriormente había dicho en alguna ocasión: *La Virgen me ha robado el corazón y yo se lo he dado* ⁴⁹.

Desde niño era un ferviente devoto de la Virgen. Ante su imagen pasaba horas enteras de oración, especialmente en las fiestas marianas. Esos días festivos Gerardo estaba como ebrio de alegría. Saltaba y cantaba por las calles, sin importarle las risas burlonas de la gente. Años más tarde, durante el recreo de comunidad, dijo en chanza al padre Strina: “Tú no quieres al Niño Jesús”; y este le responde: “Y tú no amas a la Virgen”. Mejor que no lo hubiera dicho. Gerardo agarró por el brazo al padre y comenzó a saltar y a brincar, arrastrándolo como si fuera una pluma.

A los 23 años, al entrar a la Congregación del Santísimo Redentor, fue destinado a la casa de Deliceto, santuario de nuestra Señora de la Consolación. Era tanta su alegría que no daba mayor importancia al comentario del Superior: “¿Y qué hacemos con este postulante?”. Porque la carta de recomendación que el mismo Gerardo traía decía que el candidato era muy enfermizo, no servía para trabajos duros y que sería una boca más. Gerardo estaba como elevado. Luego se apresuró a postrarse a los pies del altar de la Virgen para descargar todas las ternuras de su corazón.

Un día el padre Cáfaró le mandó acompañar hasta Ciorani a dos jóvenes aspirantes. Era un viaje largo y por eso, a mitad de camino, pasaron la noche en la hospedería de Ponterola. Gerardo pidió comida para los tres, preocupado por el descanso de los dos jóvenes y porque la nostalgia de sus familias no los entristeciera. La cena fue servida por la hija del dueño, una muchacha trigueña, acostumbrada a tratar pasajeros vulgares y ahora atraída por los modales de Gerardo. A la mañana siguiente, cuando está pagando la cuenta, ella se las ingenia para confesarle a Gerardo su amor a primera vista. Gerardo, entre asustado y divertido, le respondió con una sonrisa: “Qué lástima, pero estoy casado con una esposa mucho más hermosa que tú”. Y antes de que la muchacha reaccionará, añadió: “Me he desposado con la Virgen”. Así prosiguió su marcha hacia Ciorani.

María era su verdadero amor, su abogada, la princesa de su castillo, el reflejo de la belleza de Dios. Y a través de ella miraba a las demás mujeres. A

⁴⁹ Tannoia, cap. 4.

las religiosas carmelitas de Ripacándida no dudó en escribirles: “Todas ustedes me recuerdan y representan a la Madre de Dios”⁵⁰.

Gerardo estuvo con frecuencia en Lacedonia, y como todos se habían formado tan grande idea acerca de su santidad, en cuanto decían que había llegado a la casa de los señores Capucci, lo más granado de la ciudad se apresuraba a hacerle una visita. Un día, mientras estaba rodeado de gente que esperaba para poderle comunicar sus cosas, fijó los ojos en una imagen de la Virgen e inmediatamente se puso fuera de los sentidos. Todos le miraron estupefactos y nadie se atrevía a romper el silencio que aquel arrobamiento había hecho entre los presentes, cuando se le oye exclamar: “¡Mirad qué hermosa es, mirad qué hermosa es!”.

Y al decir esto le vieron cómo se levantaba por los aires y se aproximaba a la imagen y le estampaba tantos besos que no acababa de besarla. El estupor y la devoción que esto causó en los presentes fueron enormes, según testimonio del mismo arcipreste Capucci, y lo mismo se puede decir de toda Lacedonia, en cuanto se divulgó el hecho por la ciudad⁵¹.

Cuando ya estaba moribundo, en un momento dado, empezó a decir: *Aquí está la Virgen, venerémosla*. María venía a consolar a su hijo amado en los últimos momentos de su vida. Poco después él señaló un lugar de la celda y exclamó: *Miren cuántos escapularios*. También había anunciado que en su última hora vendrían a visitarlo los 40 mártires de Sebaste, de quienes era muy devoto, a asistirle en su agonía.

ÁNGELES

Un día Gerardo estaba en el oficio de cocinero y, después de comulgar, quedó en éxtasis delante de un crucifijo y se olvidó de preparar la comida. A la hora de ir al comedor, Gerardo no aparecía. Lo buscaron por todas partes. Cuando apareció, un hermano le dijo: *Gerardo, la hora de la comida va a llegar y las puertas de la cocina están cerradas*. Gerardo respondió: *Hombre de poca fe, ¿y los ángeles qué hacen?* Se dio la señal de ir al comedor y Gerardo les ofreció una comida succulenta que jamás habían probado como aquel día⁵². Los ángeles habían cocinado.

⁵⁰ Espiritualidad, pp. 16-17.

⁵¹ Proceso ordinario de Conza III, fol 1410 y 1420.

⁵² Benedetti, p. 173.

El padre Caione refiere: La celda de Gerardo tenía un olor del paraíso y José Salvadore afirmaba que la gente que venía de Oliveto a visitarlo, al entrar en su habitación, respiraba un perfume celestial. A la suavidad de los perfumes, a pesar de ser tísico con vómitos de sangre que normalmente tienen mal olor, se añadía melodías angelicales. Dice el padre Caione: *En la noche que precedió a su muerte, en su habitación se sentía una armonía de ángeles que hacía sentir la dulzura del paraíso.*

CARISMAS

1. CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Fue célebre la revelación, que hizo el hermano Gerardo al notario Antonio de Rubertis, de un crimen cometido hacía muchos años por él y que nadie conocía más que Dios y el notario. Nadie más, porque no lo había dicho ni siquiera al confesor. Sucedió que cierto día Antonio, guardando su viña, vio que un individuo se proponía cruzar por ella. Le dio el alto y le mandó echar por otro camino; pero el interpelado hizo oídos sordos a las advertencias y a las amenazas del notario; éste, pasando de las palabras a las obras, lo dejó muerto en el acto con un disparo de escopeta; allí mismo abrió un hoyo, enterró el cadáver y nadie en el mundo supo el paradero del desaparecido, hasta que vino Gerardo a remover la memoria de aquel crimen que hubiera arrastrado al asesino a su eterna perdición. El testigo Antonio Scoyno lo oyó contar al mismo notario De Ruberbis ⁵³.

Un día murió el padre Ange Latessa y algunos días después, aunque la noticia no había llegado a Nápoles, Gerardo dijo en la recreación comunitaria: *En este momento entra al paraíso nuestro padre Latessa.*

Cuando murió Salvadore, padre del arcipreste don Arcángel, Gerardo avisó que había muerto de apoplejía y le dijo al arcipreste que su padre se había ido al cielo sin pasar por el purgatorio ⁵⁴.

Gerardo derrochó prodigios en la casa de Lella Cocchia. La madre de Lella estaba inquieta por no saber la suerte de su marido, que hacía tiempo se había ausentado de Lacedonia. Fue el hermano Gerardo el que la sacó de dudas, haciéndola saber que, desgraciadamente, su marido había muerto asesinado.

⁵³ Proceso ordinario de Muro II, fol 910.

⁵⁴ Proceso ordinario de Conza II, fol 599.

Cuando murió la viuda, no mucho tiempo después, la misma Lella se presentó, en cierta ocasión en que pasó el santo por Lacedonia, para saber de él el paradero de su madre en la otra vida.

*Le hizo saber que se encontraba en el purgatorio, de donde no saldría hasta que hubiera aplicado por su alma cuarenta comuniones. Lo cual hizo la piadosa hija, y al cabo de ellas se le apareció la madre agradecida para comunicarle que había salido de las llamas expiatorias gracias a sus comuniones, como el hermano Gerardo le había predicho*⁵⁵.

El padre Tannoia refiere que había un hombre que parecía muy pobre y daba pena, porque fingía que no podía caminar sin muletas. Él iba al convento a recibir limosnas y mostraba sus piernas envueltas en vendas. Gerardo supo que era un mentiroso. Le quitó las vendas de las piernas y le gritó: *Mentiroso. Si tú no quieres morir condenado, cesa de engañar*. El pretendido inválido, tiró las muletas y se echó a todo correr⁵⁶.

*Una monja le reveló un pecado grave que no había confesado a pesar de haber hecho tres confesiones generales; a otra logró convencerla de que debía abandonar, según el espíritu de pobreza, un corazoncito de oro que llevaba siempre pendiente del cuello y en el cual se puede decir que estaba también todo su corazoncito de carne, porque hasta entonces todos los confesores habían sido incapaces de conseguirlo. Y, finalmente, restituyó la salud a la madre abadesa, Josefa Salines, aquejada de fiebres tercianas, con sólo aplicarle un poco de tierra del sepulcro de santa Teresa, a la cual el hermano Gerardo tuvo siempre profunda devoción*⁵⁷.

2. PROFECÍA

Cuando fue a Foggia le predijo a una religiosa de la Anunciata, que le había llamado para hablarle de un asunto de conciencia, que se preparara, porque tenía poco tiempo de vida. Y a los cuatro meses murió, a pesar de ser joven y sana⁵⁸.

En una ocasión en que Gerardo estaba en la ciudad de Conza, se hospedó en casa de María Cianci, que entonces era una niña. A la hora de comer, la tomó de la mano y dijo a todos: *Con esta niña quiero comer, porque será monjita*. Efectivamente lo fue y se gloriaba de haber comido con un santo⁵⁹.

⁵⁵ Proceso ordinario de Conza III, fol 1272.

⁵⁶ Benedetti, p. 153.

⁵⁷ Dionisio de Felipe, p. 270.

⁵⁸ Tannoia, cap. 10.

⁵⁹ Positio super virtutibus, p. 174.

Un día le dijo Gerardo al doctor Santorelli: *Sabe doctor, este año moriré de tisis. ¿Y cómo lo sabes? Se lo he pedido a nuestro Señor. ¿Y por qué de tisis? Porque muriendo de tisis, moriré medio abandonado. La comunidad no podrá estar entera para asistirme durante la enfermedad* ⁶⁰. Y así fue.

3. ÉXTASIS - LEVITACIÓN

Siendo religioso muchas veces quedaba en éxtasis y, si estaba comiendo, sucedía que lo veían tal como había quedado, con un tenedor o pan en la mano o con cualquier otra cosa extraña en un extático.

La viuda de Juan Scoppi refiere el éxtasis que tuvo el hermano en cuanto entró en su casa, al encontrarse con un cuadro de María Santísima: comenzó a mirarlo con fijeza y luego, en el entusiasmo de su devoción y del éxtasis que se iniciaba, gritó:

—*¡Oh doña Ana, qué cosa más hermosa tiene aquí!*

Y al mismo tiempo se levantaba en el aire y se aferraba al cuadro de la Virgen que estaba a una altura del suelo de unos ocho palmos. “El cuadro —decía la declarante— todavía existe, y mide tres palmos de alto y dos de ancho. Mi tía, al ver el prodigio, tanto se impresionó que cayó sin conocimiento por tierra ⁶¹.

Se recuerdan varios éxtasis de esta época presenciados por los ejercitantes, porque una vez le sorprendió el vuelo extático en medio de la escalera principal de la Casa, donde estaba colocado un cuadro de la Inmaculada; se puso a mirarle y eso bastó para que perdiera los sentidos y se levantara por las aires en dirección a la Madonna, que era otra de las grandes y hermosas pasiones de su corazón.

Otro éxtasis célebre tuvo lugar, por este tiempo, encontrándose en Foggia, en casa del sacerdote don Cayetano Sabatelli. Se hablaba, conforme nos refiere el P. Tannoia, del amor que nos tienen Jesús y María. Estaban presentes otros sacerdotes amigos del Rev. señor Sabatelli y algunos seglares. Fue un acontecimiento memorable por la larga duración de tres horas, que a algunos

⁶⁰ Proceso ordinario de Conza I, fol 230.

⁶¹ Proceso ordinario de Muro II, fol 616.

les ponía en temor, porque estaba el cuerpo tan inmóvil que era para creer que el alma se había despedido del cuerpo ⁶².

Otro hecho maravilloso acaeció cuando caminaba hacia la Casa de Deliceto acompañado de dos jóvenes del pueblo. Llegaron cerca ya del santuario, a un lugar conocido por el nombre de El Francés, junto a la capillita dedicada a la Santísima Virgen; se acercó a ella, comenzó a considerar las grandezas de la Madre de Dios, se le inmutó el semblante, se le vio tomar un papel, escribir en él algunas palabras, cerrarlo en forma de carta y con un salto apasionado lo lanzó a los aires dirigiéndolo a la Santísima Virgen del Olmitello; hecho lo cual le cogió el Espíritu de Dios, y emprendió un vuelo por los mismos caminos que llevaba la carta, como si quisiera seguirla a su destino celestial. Voló una distancia de media milla en dirección al Santuario de la Consolación, mientras le miraban los campesinos acompañantes, llenos de estupor, creyendo que desaparecía de la tierra ⁶³.

Entre los mendigos que iban a pedir limosna a la puerta del convento, había un ciego que cantaba muy bien y sabía tocar la flauta. Se llamaba Felipe Folcone. Gerardo le pidió que tocara para alegrar a los demás pobres. Le preguntó: *¿Qué quiere que cante?* Gerardo le pidió que cantara: *Mi placer es mi Dios y mi Dios, mi único deseo.* Eran las primeras palabras de un canto que había compuesto san Alfonso María de Ligorio y se había hecho popular. Al son de esta melodía, Gerardo se puso a aplaudir y saltar de alegría, repitiendo estas palabras. De pronto, se elevó por el aire en éxtasis con los brazos extendidos y los ojos vueltos hacia el cielo. Todos estaban emocionados al verlo así. Después se lanzó por el aire hacia el Santísimo Sacramento de la iglesia y, al pie del sagrario, se transfiguró su mirada ⁶⁴.

Una vez en la tarde del Viernes Santo llevaron en procesión la imagen de Jesús crucificado. Llegó la procesión a la iglesia de las benedictinas. Cuando la imagen la colocaron en el santuario, Gerardo fijó su mirada en Jesús crucificado y quedó súbitamente en éxtasis, elevado unos palmos del suelo ⁶⁵.

En tiempo de Ejercicios de una tanda de ordenados recibió del P. Superior la encomienda de preparar la mesa del comedor para los ejercitantes. Se dirigió al comedor para cumplir el encargo, y estando metido en faena se fijó en un cuadro del “Ecce Homo” colgado de una de las paredes del comedor, y de tal modo se impresionó su corazón y tal vuelo emprendió su pensamiento, empujado por la fuerza del amor, que fue arrebatado en éxtasis, clavada la

⁶² Tannoia, cap. 9.

⁶³ Dionisio de Felipe, p. 198.

⁶⁴ Benedetti, p. 144.

⁶⁵ Benedetti, pp. 62-63.

mirada en lo alto, fija e inmóvil, el cuerpo levantado del suelo y teniendo en una mano un tenedor y en otra una servilleta.

No se sabe el tiempo que llevaba arrebatado en éxtasis cuando le vio otro hermano que casualmente pasaba por allí. Faltaba poco tiempo para la comida y la mesa estaba todavía sin poner. Le llamó repetidas veces el hermano, sin que consiguiera hacerse oír; esforzó más la voz, pero nada conseguía. Las voces que le daban eran ya verdaderos gritos, que fueron oídos por toda la casa, por lo cual acudieron otros hermanos a ver lo que pasaba. Todos estaban hondamente impresionados y se esforzaban por todos los medios para que el extático volviera en sí. Pero entre todos no pudieron conseguir su intento. Por lo cual se dirigieron al Padre Cáfaró, y el padre se dirigió apresuradamente al lugar del suceso; sacudió fuertemente a Gerardo por los brazos, que tenía caídos e insensibles, y al mismo tiempo le mandó que volviera en sí, sabiendo que en estos casos la voz de la obediencia era la única que conseguía volverle al uso de los sentidos.

En cuanto los hubo recobrado, el P. Cáfaró, fingiendo una irritación y un disgusto que no sentía, le dio una fuerte reprimenda, le humilló delante de todos y le amenazó con ponerle algún castigo ejemplar si no estaba preparado el comedor de los ordenados cuando llegara la hora de la comida. Tan preparado estuvo como si hubiera empleado en ello toda la mañana ⁶⁶.

4. BILOCACIÓN

Lorenzo de Maio, hombre digno de fe, afirmó en el Proceso que había visto al hermano Gerardo en Muro, mientras otros juraban haberlo visto en Caposele.

El padre Margotta aseguró al médico Santorelli que había visto a Gerardo en éxtasis delante del Santísimo Sacramento expuesto en el coro de la iglesia de los franciscanos una noche, durante la cual no había dejado su celda. Teodoro Cleffi fue enviado por Gerardo a Caposele para ver a los pobres más necesitados y darle a Gerardo la lista de todos ellos. Entró en la casa de un enfermo y le preguntó si necesitaba algo, le contestó que hacía un momento había estado Gerardo y le había dado lo necesario. Entonces Teodoro comprendió que Gerardo había estado en Materdomini y en Caposele, en los dos lugares a la vez, en bilocación ⁶⁷.

⁶⁶ Proceso ordinario de Conza III, fol 1163.

⁶⁷ Benedetti, p. 171.

El P. Tannoia afirma que fueron frecuentes, en la vida de Gerardo, los casos de bilocación, o de presencia en varios lugares al mismo tiempo, casi todos ellos fueron en favor de los enfermos. Se menciona uno acaecido en Lacedonia, en la honorable familia Di Gregorio. Ya era conocido Gerardo desde hacía años, en la familia, por haber devuelto el buen sabor a una cuba de vino picado; ahora se encontraba enfermo, con dolores desesperantes, un criado de la casa, que le llamó lleno de confianza, diciendo:

—¡Oh querido Gerardo!, ¿por qué no vienes a curarme?

Y Gerardo, fiel al llamamiento angustioso del enfermo, se presentó para curarlo con la señal de la cruz sobre su frente; si bien nadie, fuera de la familia Di Gregorio, se enteró de que había estado en Lacedonia, ni la familia supo más de él, pues una vez hecho el milagro desapareció.

Teodoro Cleffi, el buenísimo sacristán de Caposele, ayudante de Gerardo en su oficio de limosnero, supo por un enfermo al que fue a visitar, que acababa de estar Gerardo y le había llevado todo lo que le hacía falta, siendo así que Cleffi le había dejado en Materdomini, después de haber recibido un encargo suyo de hacerle una lista de todos los pobres enfermos necesitados de Caposele.

El P. Margotta contó al doctor Santorelli que Gerardo se había pasado una noche en el coro de los franciscanos de Caposele, sabiendo toda la Comunidad que aquella noche no había salido del convento ⁶⁸.

El doctor Santorelli contaba a sus familiares que, en cierta ocasión en que iba visitando a varios enfermos en Caposele, Gerardo estaba constantemente a su lado. Al día siguiente subió a Materdomini y buscó a Gerardo para preguntarle:

—Pero, ¿qué quería usted de mí ayer que no me lo pude quitar de encima?

—Médico mío, ¿no sabe que tengo que marcharme de viaje y no quería marchar sin hacer la visita a mis enfermos?

Lo cierto es que Gerardo ese día no había bajado a Caposele. Había estado con el doctor en bilocación.

⁶⁸ Dionisio de Felipe, pp. 438-439.

5. MULTIPLICACIÓN DE ALIMENTOS

Estando en Calitri en casa de la familia Berilli, Gerardo dejó caer la vasija de aceite. Estaba con el hermano en la cocina una hija de la casa, niña de unos once años. Cuando la chiquilla vio el aceite por el suelo, armó tal escándalo de gritos y denuestos contra el hermano que la madre acudió a ver lo que pasaba. Cuando llegó, todavía no había terminado la rapacilla de chillar y de decir cosas al pobre Gerardo: “¡Qué fraile más atontado! ¿En qué estaría pensando?...”. La madre calmó a la rapaza, dándole algunas tortas para que aprendiera a tratar con más respeto a las personas religiosas, mientras quitaba importancia al hecho, diciendo que aquello no era nada y que todavía se podía recoger buena parte del aceite, que corría por el suelo.

Cuando, armada de unos trapos de lana para recoger el aceite, echó mano a la vasija que había quedado vacía, se quedó parada de estupor al ver que la zafra estaba más llena de aceite que antes que la hubiera derramado Gerardo.

El P. Tannoia tomó el relato del hecho prodigioso de un joven de Calitri, asistente a la Misión, que cuando lo contaba era Redentorista y había de ser Superior General del Instituto: se llamaba Nicolás Mansione. El mismo atestiguó que creció con la fama del hecho la admiración de Calitri por Gerardo ⁶⁹.

Durante el invierno de fines de 1754 y principios de 1755 hubo gran carestía y gran necesidad en la tierra de Caposele y pueblos cercanos, a causa de las grandes y prolongadas nevadas que cubrían todas las tierras, por lo cual los hombres tenían que quedarse en casa, en la imposibilidad de trabajar los campos, y así muchas familias se morían de hambre. El P. Caione, que tenía un corazón compasivo y generoso, no podía ver aquellas escenas de miseria sin conmovirse; por lo cual llamó a Gerardo y le dio amplias facultades para dar limosna a los pobres de lo que hubiera en el convento. No necesitaba otra cosa Gerardo para desbordarse en caridades con los pobres; la portería de Materdomini vino a convertirse en una romería de pobres ocasionales y de mendigos de profesión. A nadie con más razón que a él le cuadraba el título, que le daban por todos aquellos alrededores, de “padre de los pobres”.

Todos los oficiales de la casa andaban revueltos con los despilfarros sin fin de la caridad de Gerardo con los pobres. El panadero, viendo que arramblaba con todo el pan para llevarlo a la portería, calló de intento para que llegara la hora de la comida y la Comunidad se encontrara sin pan, a ver si el Superior ponía de una vez remedio a aquel desorden. Llegó el mediodía y el

⁶⁹ Tannoia, cap. 21.

panadero se apresuró a avisar al P. Caione de lo que pasaba. El P. Caione llamó a Gerardo y le hizo ver la imprudencia cometida, dando todo el pan de la hornada y dejando sin nada a la Comunidad.

Gerardo le dijo humildemente:

—No dude Vuestra Reverencia, Dios proveerá. Vamos a ver lo que queda.

—No queda nada, hermano.

—Vamos a mirar mejor.

—Mire todo lo que quiera, no ha quedado ni un solo pan. Pero cuando llegaron a la artesa, la vieron llena de pan.

El panadero y el P. Caione estaban que no volvían de su asombro, y el P. Caione acabó por decir al panadero: “Hay que dejarle hacer, porque Dios está con él y hace los milagros como por juego”⁷⁰.

Hubo días en que se dio en la portería comida a más de doscientos pobres. Pero el P. Caione, con su gran corazón, no limitaba las facultades de Gerardo.

—Si no socorremos a esta pobre gente —decía—, perecen de hambre y de frío.

Y Gerardo entraba también a saco por la ropería y por la sastrería. Echaba mano de todo lo que encontraba, nuevo o viejo, personalmente se quedó con una sotana que era un mosaico de remiendos, con una admirable variedad de matices en el colorido. Y, además, para que entraran en calor, les hacía en la plazoleta de la portería buenas hogueras, pues le daba compasión ver, sobre todo a los niños, tiritando de frío dentro de sus ropitas escasas y rotas. Los acercaba al calor de la hoguera y entre sus manos cariñosamente calentaba sus manecitas ateridas.

—Pobres criaturitas —decía—, nosotros hemos pecado y son ellos los que sufren el castigo.

Con tanta cantidad de pobres como afluía había que hacer grandes amasadas, y se veía un porvenir muy negro, porque el grano disminuía de un modo alarmante. El P. Caione se vio en la precisión de llamar a Gerardo y decirle que mirara lo que hacía, porque a ese paso no tendría ni pan que poner en el comedor de la Comunidad.

⁷⁰ Positio super virtutibus, p. 43.

Fray Antonio de Cósimo iba haciendo la póstula por el lugar llamado Ferrantina, en la Basilicata, acompañado por dos sacerdotes del pueblo, y llegó a una casa donde no vivía más que una buena vieja llamada Lucrecia. Los dos sacerdotes le dijeron que venían acompañando al hermano Ligoriano (redentorista) de Materdomini para recoger la acostumbrada limosna.

La buena vieja era ciega. Al oír que estaba un hermano de Materdomini se levantó de la silla alborozada, gritando:

—¡Ay, hermano Gerardo mío, déjeme besarle la mano!

Fray Antonio le dijo que no era el hermano Gerardo, que había muerto en la flor de la juventud; la anciana se quedó un poco triste y dio un profundo suspiro. Luego se repuso y, delante de los dos sacerdotes, contó al hermano Antonio que una vez llegó el hermano Gerardo pidiendo, pero como la cosecha había sido malísima y había tenido que hacer muchos gastos para la siembra, no podía darle nada, y le enseñó el arca de la harina donde no le quedaban más que tres tómolos para hacer frente al mantenimiento de toda la casa.

El hermano Gerardo le dijo que, si otros años había dado de limosna medio tómolos, este año debía dar uno entero, porque la Madonna proveería a sus necesidades.

*—Pues si es así —le dijo Lucrecia—, coge toda la harina que quieras...
—Un tómolos basta; con lo que te queda tienes para todo el año.*

Y de aquella harina se estuvo gastando durante todo el año, aun cuando había que alimentar a cientos de labradores; y aun hubo para vender, de modo que no había forma de dar fin a la harina, hasta que, al cumplirse el año que el hermano Gerardo había profetizado, se terminó la harina. Hasta aquí, Fray Antonio de Cósimo ⁷¹.

*—No se apure Vuestra Reverencia, Dios proveerá.
—Pero usted quiere vivir de milagros y a Dios no le podemos obligar a hacer milagros.*

Y se fueron al granero para echar un cálculo de lo que quedaba y hasta cuándo podía llegar. Su admiración no tuvo límites: el granero estaba lleno. Se encontró el P. Caione con el doctor Santorelli, estando todavía bajo aquella impresión de la manifestación del poder de Dios en favor de la confianza de un santo.

⁷¹ Proceso ordinario de Conza II, fol 521 ss.

—Médico mío —le dijo—, no salgo de mi asombro; me habían dicho que para muy pocos días teníamos trigo en el granero, por las limosnas de Gerardo; él me aseguraba que Dios proveería, y bien me ha provisto: está el granero lleno. Yo me avergüenzo ante la virtud prodigiosa de este hermano.

Un pobre vergonzante llegó cuando ya se había terminado de repartir la limosna y nada había quedado. El joven Teodoro Cleffi se lo hizo notar a Gerardo:

- Pero ¿cómo no vino antes, hermano mío?
- Porque me daba vergüenza venir con los pobres.
- Pues espere un momento.

Gerardo volvió con un pan todavía caliente. Lo mismo se repitió otro día con dos pobres muchachas que habían llegado a pedir cuando ya estaba todo repartido; pero Gerardo las mandó aguardar unos momentos, y salió trayendo un pan tierno que nadie podía explicarse de dónde lo había sacado.

Otro día le tocaron los apuros al cocinero, porque entrando Gerardo en la cocina, cargó con casi todo el cocido, de modo que apenas si quedaría para cuatro raciones de la Comunidad. A las reclamaciones del cocinero, Gerardo respondió con su consabido “Dios proveerá”. El cocinero se calló y cuando llegó la hora de la comida, lo que podía dar para cuatro platos lo quiso poner en dos, con idea de que se armara más escándalo y el Rector pusiera remedio a aquellos abusos de la caridad de Gerardo, y castigara aquella falta de consideración con la Comunidad. Pero le fallaron los planes, porque cuando comenzó a repartir se encontró con que llegaba sin apuro para todos ⁷².

6. PERFUME SOBRENATURAL

El cuerpo de Gerardo, estando enfermo, exhalaba un perfume muy agradable que todos podían percibir. Uno de los compañeros de Gerardo, también como él hermano coadjutor, notó que el cuerpo de Gerardo y sus ropas y toda su celda despedían un perfume muy agradable y le llamó la atención, porque usar perfumes iba contra la Regla, pero Gerardo contestó que él no tenía perfumes.

De hecho algunos que iban a visitarlo, siguiendo el rastro de aquel perfume, llegaban a su celda ⁷³.

⁷² Proceso ordinario de Conza I, fol 218 Y 219.

⁷³ Proceso ordinario de Conza I, fol 232.

7. VISIONES

Cuando murió el padre Cáfaró, él dijo: *He contemplado la entrada al cielo del padre Cáfaró, al cual le ha dado Dios un lugar muy próximo al de san Pablo, porque predicó siempre con celo ardiente, ganando muchas almas para Cristo*⁷⁴.

A una joven de Lacedonia, desconsolada por la muerte de su madre, le dijo que ella estaba en el purgatorio y que necesitaba 40 comuniones para ir al cielo.

8. INVISIBILIDAD

En una ocasión buscaron a Gerardo por toda la casa, incluso en su celda y no lo encontraron. Cuando apareció, el Superior, padre Giovenale, le preguntó:

—*¿Dónde ha estado?*

—*En la celda.*

—*¿Cómo en la celda? Te hemos buscado y no estabas.*

Pedí permiso a vuestra reverencia para estar de retiro en mi celda y para conseguirlo mejor pedí a Jesús que me hiciera invisible y me lo concedió.

9. MILAGROS

Después de trabajar tres años con el obispo de Lacedonia, al no ser aceptado como capuchino, volvió a su antiguo trabajo de sastre, trabajando en la sastrería de Mennonna, donde estuvo durante un año. Estando en este trabajo vino un día un campesino con una tela para que le hicieran un traje. Gerardo se dio cuenta enseguida de que faltaba tela. Se lo hizo presente al pobre campesino, pero cuando lo vio retirarse con pena por no tener recursos para más, Gerardo lo llamó y le prometió que arreglaría el problema con la ayuda de Dios. Tomó la tela en sus manos, rezó al Señor y después volvió a medir la tela y ya daba perfectamente para el traje ⁷⁵.

Un día el padre Caione encargó a Gerardo hacer dos cubrecopones, porque los de la iglesia estaban sin velo. Aprovechó la bajada a Caposele para pedir a una señora amiga unos retazos de tela. La señora Candida Fungarolli le ofreció su vestido de boda para que cortara lo que fuera necesario, pero él le dijo que

⁷⁴ Proceso ordinario de Conza III, fol 1356.

⁷⁵ Proceso ordinario de Muro, fol 424.

para una cosa tan pequeña no valía la pena estropear un vestido tan caro. Llevó al convento los retazos y vio que solamente alcanzaban para uno, pues no llegaba tela para el segundo, ya que faltaba tela. Él se puso a orar, porque el Superior le había dicho que hiciera dos. Después de orar, volvió a medir la tela y pudo hacer los dos cubrecoques como le habían mandado ⁷⁶.

En casa de la señora Victoria Bruno, en la ciudad de Melfi, hizo otro milagro. Ella había hecho un contrato de venta de una cuba de vino y, antes de que el comprador se la llevara, observó que el vino se había avinagrado. Se sintió contrariada, pues así perdía el precio de la venta. Le comunicó al hermano Gerardo su desgracia y éste le dijo: *No es nada, eche en la cuba esta estampita de la Purísima y todo quedará arreglado*. Doña Victoria lo hizo así y después probó el vino, comprobando que había vuelto a su primera calidad ⁷⁷.

En Lacedonia lo llevaron a una casa y la dueña le habló de su desgracia de una cuba de vino que se había malogrado. Hizo la señal de la cruz sobre la cuba y después lo dio a probar con la seguridad de que el vino estaba bueno ⁷⁸.

Martín Arcángel Pannuto declaró haber oído al padre De Robertis que, estando un día en el comedor, llamó Gerardo a los pajaritos que pasaban volando y acudieron obedientes a posarse en la mesa del santo ⁷⁹. Otras veces se le posaban en las manos ⁸⁰.

Viajando a Corato encontró un campesino triste, se interesó por su pena, y supo que el pobre hombre traía una lucha tenaz, y hasta entonces inútil, contra una plaga de ratas que le arruinaban las cosechas.

—Pero esto no tiene remedio, hermano —le dijo el campesino.

—¿Cómo que no? ¿Dios no podrá tampoco remediarlo?

—Sí, Dios puede; pero mientras tanto mire mi campo, que no da una hierba, y mi familia va a perecer de hambre.

Gerardo, compadecido del hombre, hizo sobre el campo la señal de la cruz y en el acto se vio el campo cubierto de topos muertos, y al campesino, loco de alegría, arrojarse a los pies de su bienhechor sin saber cómo expresar su agradecimiento. “A mí no, agradecédselo a Dios”, le dijo el hermano, mientras montaba en su caballo y se ponía a salvo de la rociada de alabanzas y

⁷⁶ Dionisio de Felipe, p. 454.

⁷⁷ Proceso ordinario de Muro, fol 64.

⁷⁸ El testigo que declaró sobre este milagro manifestó que se lo contaron las hijas de la dueña, Clara y Verónica. Proceso ordinario de Conza III, fol 1265.

⁷⁹ Proceso ordinario de Muro II, fol 940.

⁸⁰ Positio super virtutibus Intr causae, p. 103.

bendiciones que a gritos le decía el campesino; éste le quería detener, pero el caballo se alejaba a todo galope hacia Corato, adonde también llegaba al poco rato el afortunado campesino, publicando por todo el pueblo el gran milagro que acababa de hacer el hermano sobre su campo: “¡En Corato ha entrado un santo, un santo!”.

Iba Gerardo con orden de hospedarse en casa de don Félix Papaleo e ignoraba el camino que conducía a ella; el caballo adelantó por las calles y antes que el hermano llegara a preguntar por la casa del señor Papaleo, el caballo se había parado junto a una puerta; aprovechó la coyuntura el hermano para preguntar:

*—¿Me podrían indicar la casa de don Félix Papaleo?
—Aquí mismo es —le respondieron.*

El santo levantó los ojos al cielo para dar gracias a Dios y al santo ángel de la guarda, que miraba por él con tan delicadas atenciones.

La casa donde se hospedaba venía a ser, al poco tiempo, un punto de romería de toda Corato, que se había movilizad o llena de entusiasmo, al oír la propaganda que iba diciendo por todas partes el agradecido campesino ⁸¹.

Un día estaban en una barca un grupo de pescadores que no podían llegar a tierra por la terrible borrasca que había. En la playa había mucha gente junto con los familiares de los pescadores. Nadie podía hacer nada ante la furia de la naturaleza, que amenazaba en cada momento que se iba a tragar a aquellos pobres pescadores. Apareció Gerardo y, ante la sorpresa de todos, se echó una parte del capote sobre el hombro izquierdo, se signó con la señal de la cruz y entró al agua del mar así como estaba. Después de haber dado unos pasos sobre el agua sin recibir daño alguno, aferró la barca con un dedo, diciendo con fe viva y con fuerte voz: *En nombre de la Santísima Trinidad*. Y pudo arrastrar la barca a tierra con toda facilidad. Y todos gritaban: Milagro, milagro. El aprovechó el barullo y la emoción de los pescadores rescatados y se escabulló del lugar ⁸².

Cuando llegó a Senerchia como mendicante pidiendo limosnas para el convento, vio las obras de construcción de la iglesia paradas. Estaban construidos los muros, pero faltaba techarla. Los obreros tenían dificultad en arrastrar unos enormes troncos que habían cortado en el monte y de los cuales se debían sacar

⁸¹ No falta en ningún biógrafo el milagro del campo limpio de alimañas por la señal de la cruz, y está en gran número de los testigos de los procesos, por lo cual no hace falta señalar fuentes.

⁸² Caione, pp. 92-93.

las vigas necesarias para armar el techo de la iglesia. Ni a fuerza de brazos ni con animales habían podido traerlos del monte.

Con el celo que devoraba a Gerardo por el bien de las almas y por la gloria de su Señor sacramentado, ya se comprende cómo sentiría que el pueblo de Senerchia estuviera sin iglesia parroquial. En cuanto se enteró de la causa que tenía paralizadas las obras de la iglesia, llamó a los hombres del pueblo y les animó a subir con él al monte:

—Adelante —les dijo—, la iglesia es obra de la gloria de Dios, y Dios ayudará para que se pueda terminar.

Acompañado de unos cuantos de Senerchia subió al lugar del monte donde los troncos de los árboles yacían en el suelo, retando con su mole las fuerzas de los hombres. El hermano Gerardo pidió una cuerda para atarla al más pesado de los troncos; los hombres miraban con escepticismo la buena voluntad y la falta de experiencia de aquel frailecito con cara de hambriento, que debía de creer que los troncos eran de algodón en rama. Pero el frailecillo, en cuanto ató la cuerda al tronco, se puso de rodillas, hizo la señal de la cruz y dijo en alta voz, dirigiéndose al tronco, como si fuera una criatura que tuviera uso de razón:

—Criatura de Dios, te mando en nombre de la Santísima Trinidad que me sigas.

Y tirando de la cuerda, echó a andar monte abajo, arrastrando el enorme tronco como si se tratara de un haz de leña para la lumbre. Atrás quedaban las alturas abruptas del monte Acerno, y los hombres de Senerchia, paralizados por el espanto de lo que estaban viendo sus ojos, que de no haberlo visto no lo hubieran creído. Repuestos del pasmo siguieron corriendo detrás del santo, que no necesitó más brazos que los suyos para entrar en Senerchia, entre las aclamaciones de todos ⁸³.

Siguió el santo taumaturgo ganándose al pueblo de Senerchia con más prodigios, cuya memoria no se borrará ya de su recuerdo. Sacó con bien del trance de un parto difícil a una mujer a la que los médicos habían dado por cosa desesperada; gracias a las oraciones del santo se salvaron la vida de la madre y la vida del hijo ⁸⁴.

Se estaba construyendo una casa en Muro, por el barrio de la Magdalena. Un día acertó a pasar Gerardo por allí y encontró a los obreros parados,

⁸³ Proceso ordinario de Conza II, fol 765.

⁸⁴ Ib. p. 770.

discutiendo a gritos y todos con cara de mal humor; se encontraban con el desaguisado y nadie sabía sobre quién recaía la culpa. Se trataba de que, cortadas las vigas que debían ponerse en el armazón del tejado, cuando fueron a colocarlas en su sitio, se encontraron con la desagradable sorpresa de que no daban la medida. Por más vueltas que les daban no se encontraba solución: no llegaban de pared a pared. Todos rabiaban sin saber contra quién.

Se enteró nuestro joven de la causa del disgusto y les invitó a recobrar la calma y a poner su confianza en Dios, en la seguridad de que todo se había de arreglar a satisfacción de todos.

Luego les hizo volver a probar las vigas, por si había alguna equivocación. Lo tenían todo probado y estaban bien convencidos de que no daban la medida. Pero como el muchacho se empeñaba en que probaran de nuevo, volvieron a colocar las vigas en el lugar que les correspondía y ahora daban perfectamente la medida. Todos quedaron maravillados ⁸⁵.

SU MUERTE

Cuando estuvo en el pueblo de San Gregorio tuvo un gran vómito de sangre, comienzo del desmoronamiento final de su vida. En Buccino se repitió la hemoptisis al momento de acostarse y, decidido, se encaminó a Oliveto. El 31 de agosto de ese año 1755 llegó a su convento de Materdomini. El padre Caione lo vio tan desmejorado que le mandó inmediatamente ir a acostarse. Tenía escalofríos, perdía el pulso, tenía fiebre alta y sufría mareos y una fatiga continua en el pecho. Las hemoptisis continuaban. Sin embargo, Gerardo daba ánimo a los demás y les decía: *Esta es la voluntad de Dios y la voluntad de Dios hay que hacerla con alegría.* En la puerta de su celda mandó poner un letrero que decía: *Aquí se hace la voluntad de Dios, como Dios quiere y por todo el tiempo que a él le plazca.*

El doctor Santorelli le preguntó si quería vivir o morir y respondió: *Ni vivir ni morir, sino solo lo que Dios quiera. Me gustaría morir para unirme a Dios, pero me da pena porque casi no he sufrido nada por Jesucristo ⁸⁶.*

Hizo colocar en su celda, en la pared al frente de la cama, un gran crucifijo de yeso y papel, destrozado y ensangrentado, para animarse a sufrir más alegremente los dolores y las penas de su enfermedad. Durante el día se levantaba de la cama, como mejor podía, se acomodaba en una especie de

⁸⁵ Proceso ordinario de Muro I, fol 401.

⁸⁶ Proceso ordinario de Conza I, fol 214.

camilla que le habían colocado debajo de dicho crucifijo y se estaba allí una o dos horas, fuera de sí, con cara de agonizante, uniendo sus penas a las de su Redentor.

Como empeoraba día a día, el padre Caione decidió darle el santo viático. Para llevárselo fue designado por el Superior local el padre Francisco Buonamano. Cuando llegó este a su celda, el hermano Gerardo estaba sentado en la cama, en actitud tan humilde y reverente que daba sentimiento y tristeza a todo el que lo veía. El padre tomó la santa hostia, la mostró a Gerardo y le dijo: “He aquí el Señor que dentro de poco será tu juez, reaviva tu fe y haz algún acto bueno”. Entonces Gerardo, con gran sentimiento de confianza y de humildad a la vez, respondió: “Señor, tú sabes que cuanto he hecho y he dicho, todo lo he hecho y lo he dicho por tu honor y gloria; muero contento, porque creo no haber buscado en todo otra cosa que tu gloria y tu voluntad”. Dicho esto comulgó y se estuvo un rato a solas con su Jesús, para desahogar el afecto de su corazón ⁸⁷.

El 6 de septiembre de 1755, cuando Gerardo parecía estar ya en las últimas, le administraron la unción de los enfermos. Después el padre Caione entró en su habitación y le dijo: *Ha escrito tu Superior el padre Fiochi y dice que pidas a Dios estar bien y no tener más vómitos de sangre. Y Dios le concedió temporalmente la salud en mérito a la obediencia a su Superior. Cuando ese mismo día llegó el doctor Santorelli a visitarlo, le dijo: Todavía no puedo morirme, porque tengo que hacer la voluntad de mi Superior. Quisiera comerme unos melocotones. El enfermero trajo algunos del huerto y Gerardo comió tres, ante la mirada asombrada del médico. Al día siguiente, el doctor llegó temprano, creyendo encontrarlo ya muerto. Vio la habitación vacía, pero todo en orden. Gerardo estaba caminando lentamente con un bastón por el huerto.*

No tenía más vómitos de sangre, pero seguía la disentería. Avisaron al padre Garzilli para que le hiciera entender al enfermo que la obediencia al padre Fiochi incluía también la cura de la disentería y también se curó, por obediencia de esta enfermedad ⁸⁸.

Tan completamente curado se sintió el enfermo que comenzó a seguir el orden de la Comunidad; en la mesa del refectorio lo veían con todos, y casi no querían creer lo que veían los ojos. En la Comunidad hubo una corriente general de euforia. Ya habían recobrado aquel tesoro que la muerte les quería arrebatar... ¿Se ilusionarían con la idea de que la enfermedad había desaparecido definitivamente y que tendría vida para muchos años?

⁸⁷ Espiritualidad, pp. 208-211.

⁸⁸ Proceso ordinario de Conza II, fol 345-351.

El enfermo, por su parte, sabía a qué atenerse; a un paisano suyo, Felipe Galella, que trabajaba en casa como carpintero, le descubrió el porvenir:

—Paisano mío, yo debía de haber muerto el día de la Natividad de la Madonna, pero Dios, por la obediencia, me ha dado unos días más de vida ⁸⁹.

El hermano Esteban Sperduto, si hemos de creer al testimonio de fray Antonio de Cósimo, también oyó a Gerardo que debía de haber muerto el día 8 de septiembre, pero que Dios había aplazado la muerte hasta el día de santa Teresa, por hacer honor a la obediencia ⁹⁰.

En este tiempo de la mejoría del hermano Gerardo entregaba su alma al Criador, en Foggia, una de las almas más santas que han pasado por aquel monasterio de monjas del Santísimo Redentor: era el día 14 de septiembre. Nadie sabía nada en Materdomini; en Gerardo se notó algo extraordinario, algo que parecía que le tenía bajo el peso de alguna fuerte impresión. El hermano Esteban Sperduto le preguntó por el motivo de aquello que parecía tenerlo preocupado:

—Es que hoy —le contestó—la bella alma de sor María Celeste ha volado al cielo. Ha ido a gozar del premio merecido por el amor grande que tuvo a Jesús y a María.

Días después se supo que sor María Celeste había muerto en el día preciso indicado por el hermano Gerardo.

Otro caso de prodigioso conocimiento de los sucesos a distancia fue el de la muerte del señor Salvadore, padre del arcipreste don Arcángel. El pintor Heriberto Gaifi salió de Oliveto para ir a trabajar en Materdomini. Antes había pasado por casa del señor arcipreste por si quería algo para el convento. Fue el mismo Gerardo quién le abrió la puerta: de nuevo tenía Materdomini en la portería el portero que la había de inmortalizar. En cuanto se cruzaron las palabras de saludo, el hermano le comunicó que había gran duelo en la familia Salvadore, por la muerte del anciano padre del arcipreste. Gaifi no lo quería creer; la víspera por la tarde había salido de Oliveto y estaban todos con perfecta salud, y fue el mismo padre del arcipreste el que le había encargado que saludara a la Comunidad. Pero el hermano siguió afirmando su muerte, particularizando que había muerto de un ataque de apoplejía; Gaifi, emparentado con los Salvadore, se creyó en la obligación de confirmarlo y le aseguraron que así había sucedido.

⁸⁹ Proceso ordinario de Conza II, fol 352.

⁹⁰ *Ibidem*, fol 585.

Después de un mes de salud, Dios dio por terminado el plazo y Gerardo comenzó a sentirse enfermo. El fin se acercaba. En la noche del 15 de octubre de 1755, al escuchar el Angelus, murmuró: *Todavía faltan seis horas*. Ya sabía con certeza que ese día era el día definitivo de su entrada en la eternidad.

En un cierto momento, en que estaba solo con el hermano enfermero, le pidió un poco de agua. El hermano fue al comedor, pero estaba cerrado. Mientras buscaba la llave y despertaba al padre Buonamano para que lo acompañara a la cabecera del enfermo, ya Gerardo estaba agonizando. El hermano le acercó con la cuchara un poco de agua, pero ya no reaccionaba. El padre Buonamano comenzó la plegaria de recomendación del alma y así murió Gerardo. Era el amanecer del día 16 de octubre de 1755. Tenía 29 años y llevaba en la Congregación seis años.

Apenas expiró, de su cuerpo salió un perfume delicioso que dejó a los presentes asombrados. Inmediatamente, el padre Buonamano ordenó a dos religiosos revestirlo con la sotana y después lo sangró saliendo sangre viva⁹¹.

Después de 35 o 36 horas de su muerte el padre Buonamano con una navaja de nuevo le hizo una sangría y sacaron dos onzas de sangre líquida con la cual se empaparon algunos trozos de tela para repartirlas como reliquias. También salía copioso sudor de su frente, y la secaron con paños, repartidos como reliquias. Después se encontró un señor que trabajaba en imágenes de cera y el hizo una máscara de cera de fray Gerardo. Hizo dos, una para los religiosos y otra se mandó a la casa de los esposos Salvadore de Oliveto por su gran amistad con el santo.

Después de muerto, se apareció al padre Caione y le dijo: *Ten paz*. Y al momento se le quitaron todas las angustias de espíritu. El hermano Nicolás de Sapiro también se encontraba angustiado y, siguiendo los consejos del padre Caione, se encomendó a Gerardo y quedó libre de las tentaciones.

DESPUÉS DE SU MUERTE

Por testimonio de una persona de santa vida y devotísima de Gerardo, sabemos que se le apareció luego de haber expirado, con semblante radiante de alegría, y vestido con la sotana de Redentorista; y muy pocos momentos después se le volvió a aparecer con gran aparato de riqueza y de gloria. Le animó a padecer por Jesucristo, asegurándole que Dios premia espléndidamente en el

⁹¹ Proceso ordinario de Conza I, fol 232.

cielo los trabajos que por Él se sufren en la tierra. Se apareció igualmente, en seguida de morir, al P. Petrella, manifestándole que gozaba de gran gloria en cielo.

La confianza de los pueblos, lejos de disminuir después de la muerte, por el contrario, fue continuamente en aumento, en la persuasión de que estaba gozando de Dios. No había lugar, sobre todo en la archidiócesis de Conza y diócesis vecinas, de donde no llegara a diario noticia de favores recibidos. Escribía el arcipreste Salvadore de Oliveto: “Se ha establecido una competencia entre los devotos de Gerardo en invocarle más que a ningún otro santo, y Gerardo en dispensarles gracias más abundantes y señaladas que ninguno. Y ¿quién podrá decir la cantidad de prodigios que se oyen en esta nuestra archidiócesis y en los pueblos adyacentes?”⁹².

Giovanni Cervo, padre de Enzina Cervo, durante la primera guerra mundial marchaba junto a un destacamento de soldados, huyendo después de la derrota de los italianos por los austríacos en Caporetto, y se encomendaba a la protección de *san Gerardo Maiella*, del cual era muy devoto. En un momento dado, fue ametrallada toda la fila de soldados. En ese mismo instante acababa de caérsele al suelo a Giovanni una medalla de san Gerardo y se había agachado a recogerla, en el preciso momento del ametrallamiento y así se salvó⁹³.

Estaba el hermano Gerardo de cuerpo presente y ya se notaba un sudor que le brotaba del rostro, y en el cual, los devotos enjugaban sus pañuelos para conservarlos como reliquias. Siguió notándose ese inexplicable sudor cuantas veces se descubrieron sus restos mortales.

Una de las veces fue cuando hizo el reconocimiento de los huesos el arzobispo de Conza, con motivo de instruirse el Proceso Apostólico en Muro y en Conza. Luego se los encerró en triple urna, que se enterró en la capilla de San Alfonso; en la lápida se leía una inscripción latina, en la que se hacía constar el reconocimiento hecho por la autoridad competente y la fecha del mismo. El P. Consenti, obispo de Nusco, hizo la relación (7 de abril de 1885) habiendo sido testigo presencial del reconocimiento; como delegado apostólico lo hizo el arzobispo de Conza, Excmo. De Luca, rodeado de canónigos, médicos, caballeros de Caposele y toda la Comunidad de Materdomini. Refiere que fue tan abundante el licor misterioso que brotó de los huesos, que los médicos habían ido colocando en una jofaina, que rebasó del recipiente, siendo tal la emoción de los presentes, que todos cayeron de rodillas para dar gracias a Dios

⁹² Tannoia, cap. 35-36.

⁹³ Cervo Enzina, *Don Dolindo Ruotolo nei miei Ricordi*, Casa mariana Editrice, 2017, p. 16.

por tan señalado favor. Se enjugaron muchos pañuelos, y el mismo P. Consenti se sirvió muchas veces de ellos en favor de los enfermos.

Esto es lo que yo, indigno hijo de San Alfonso —termina diciendo—, certifico haber visto con mis ojos y tocado con mis manos. En fe de lo cual, lo sello con mi sello episcopal y lo firmo, en Nusco, a 3 de enero de 1882. José Consenti, C. SS. R., obispo de Nusco.

El mismo fenómeno se repitió al hacer otro reconocimiento en 1892, en presencia de Mons. Caprara, Promotor de la Fe. El Superior Provincial de la provincia napolitana, P. Hércules Barbarulo, depuso haber visto y palpado las sedas que forraban interiormente la urna que guardaba los huesos del santo empapadas en un humor oloroso. El médico de Caposele, don Salvador Caprio, depuso lo mismo: “de auditu” en cuanto al primer reconocimiento; “de visu” en cuanto al segundo; y juntamente con un médico de Teora depuso que el fenómeno estaba fuera de todo orden natural⁹⁴.

MILAGROS DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

Los cuatro milagros aceptados para su beatificación fueron:

1. En 1823 José Santorelli de Caposele tenía un tifus muy grave y fue desahuciado por los médicos. Le administraron los últimos sacramentos y el sacerdote rezaba la recomendación del alma. Estaban ya encendidos los cirios para los funerales y con el ataúd listo, invocaron al santo y quedó instantáneamente curado.
2. Teresa Deheneffe recibió una puñalada en la parte izquierda y desde septiembre de 1849 hasta 1852 la ocultó. La llaga se le infectó y el cirujano la declaró incurable. Después de una novena de oraciones a nuestro santo, la herida desapareció sin dejar ni cicatriz.
3. En marzo de 1850, Úrsula Solito estaba muy grave con un cáncer en la frente. Al contacto con una imagen del santo, el cáncer desapareció.
4. Laurent Riola desde el mes de abril de 1867 comenzó a perder el apetito. Los ganglios linfáticos y las ingles las tenía hinchadas. Finalmente el mal se convirtió en descomposición y el caso era desesperado. Oraron a

⁹⁴ Archivo Sagrada Congregación de Ritos, vol 4020, fol 97.

Gerardo, le aplicaron una reliquia y en el mes de agosto de ese año se obtuvo la curación perfecta ⁹⁵.

El 29 de enero de 1893 tuvo lugar la solemne ceremonia de la beatificación en la gran sala que cae encima del pórtico de la Basílica Vaticana. A las cuatro de la tarde, en la solemne función en honor del beato Gerardo, ocurrió un incidente, que pudo orlar de luto la fiesta, pero que contribuyó a hacerla más luminosa por los destellos de un milagro:

Un “sampietrino”, como llaman a los sacristanes y empleados de San Pedro, al encender en una cornisa las velas, perdió el equilibrio y cayó en la tribuna de los cantores. “¡Beato Gerardo!”, fue el clamor que salió de todas las gargantas.

El beato Gerardo Maiella quiso hacer honor a su fama nunca desmentida de taumaturgo. Augusto Icarpellini, el sampietrino, se levantó ileso de su caída, “por lo cual —dice el P. Benedetti—, en agradecimiento de tan insigne favor, todos los meses se presenta en la iglesia de San Alfonso, de los Padres Redentoristas en la ciudad Eterna, para ofrecer dos velas al santo que lo había salvado” ⁹⁶.

Los milagros presentados para la canonización fueron dos:

1. Una joven, Valeria Baerts de Lieja, Bélgica, en el mes de agosto de 1893 tenía tifus complicado con meningitis. Su madre recurrió a la intercesión de Gerardo y obtuvo la completa curación.
2. Vicente de Gerónimo, alumno del seminario arzobispal de Conza, en 1896 tenía una pleuresía mortal y fue súbitamente curado por intercesión de Gerardo al aplicarle una reliquia colocada por su Superior ⁹⁷.

Fue beatificado por el Papa León XIII el 29 de enero de 1893 y canonizado por el Papa Pío X el 11 de diciembre de 1904. Su fiesta se celebra el 16 de octubre.

Desde el día de su muerte se empezaron a repartir estampas con su rostro y una leyenda que decía en latín: *Insigne protector de las parturientas* ⁹⁸. También se le considera patrono de los niños por nacer y en Italia le llaman el *santo de los partos felices*.

⁹⁵ Benedetti, pp. 239-241.

⁹⁶ Dionisio de Felipe, p. 579.

⁹⁷ Benedetti p. 342.

⁹⁸ Positio super non cultu, p. 39.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente la vida de san Gerardo Mayela podemos alabar al Señor por las maravillas que ha hecho entre nosotros por medio de este gran santo y famoso taumaturgo. Sí, los milagros existen y Dios también existe, aunque algunos no lo crean. Bastaría asegurarnos que existe un milagro que supera las fuerzas de la naturaleza para poder asegurar que existe lo sobrenatural y que, más allá de este mundo, existe una realidad que nos espera después de la muerte.

Es triste pensar que algunos solo piensan en vivir alegremente esta vida terrenal, disfrutando al máximo de todos los placeres y diversiones que ofrece la vida, sin pensar en el más allá. Y algunos dicen: *Lo seguro es que estamos vivos y debemos disfrutar lo más posible*. Así creen dar sentido a su vida, porque afirman que después de la muerte no existe nada o no se sabe nada. Sin embargo, Dios ha hecho innumerables milagros a lo largo de la historia humana. Jesús los hizo, la Virgen María se ha aparecido muchas veces en distintos lugares y ha dejado su huella y la prueba de su presencia con múltiples milagros, como suceden en Lourdes o Fátima.

Lamentablemente, muchos no creen ni quieren creer, porque están cerrados a la perspectiva del más allá y creen que todo termina con la muerte. ¿Qué pensarán el día en que mueran y se les presente Dios para pedirles cuenta de sus vidas? ¡Ojalá puedan en ese momento supremo reconocer su error y humildemente pedir perdón para que Dios los perdone y un día, después del purgatorio, puedan llegar a la felicidad eterna del cielo! Algunos se rebelarán contra el Dios, en quien nunca creyeron ni quisieron creer por obstinación. Preferirán ir eternamente a vivir en compañía de los demonios en un infierno de odio, violencia y sufrimiento, que ellos mismos se han fabricado con su rechazo al amor y a la bondad del Dios Amor que los creó por amor.

Vivamos bien, vivamos para la eternidad y miremos con tranquilidad el futuro que nos espera más allá de la muerte. Jesús nos espera con los brazos abiertos para darnos la bienvenida e invitarnos al cielo.

Que Dios te bendiga por María.

Tu hermano y amigo para siempre.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

